

## SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.  
 POR TRES MESES... 40  
 POR UN AÑO... 40

## LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

## SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 42 RS.  
 POR SEIS MESES... 24  
 POR UN AÑO... 50

## ADVERTENCIA.

Desde que se crearon los sellos para el franqueo previo, este establecimiento adoptó por base el remitir su correspondencia franca para recibirla del mismo modo, y aunque así lo hacen en general las personas que nos favorecen, como algunas omiten este requisito, debemos advertir que usando del derecho que la ley nos concede, no recibimos carta alguna que viene sin franquear: la tolerancia que hemos usado en este punto, ha dado lugar á abusos que no podemos permitir se prolonguen por mas tiempo. Si alguna vez sucede no haber sellos para el franqueo en alguna administracion, rogamos á nuestros corresponsales pongan su nombre en el sobre exterior, (si no usan sello particular,) para que sabiendo su procedencia no quede la carta en el correo; pero en este caso se les cargará en cuenta el importe. Los que por convenio particular reciben nuestras cartas sin el sello de franqueo, deben sin embargo franquear las que nos envíen, cargándonos a su vez en cuenta el gasto.

## KERRY-MOYAMEA.

Al Oeste de los montes Alleghany, y al Sur del gran lago Erie en la orilla del Ohio, entre los 39 y 40° de latitud, se encuentra la embocadura de un grande y hermoso río, el Muskingum. La magnífica comarca que recorre forma en el día el estado de Washington uno de los mas industrioses y mejor cultivados de los Estados Unidos. Despues de la guerra de la Independencia, le poblaron los oficiales y soldados licenciados de la línea de Massachussets, y aquella poblacion ha llegado á ser rápidamente una de las mas acomodadas y civilizadas de la América Septentrional. Si viajando por aquellos pintorescos climas tomáis el barco de vapor en Marietta, (1) y subís por el Muskingum, desembarcad en la embocadura del Tuscaraway, porque allí pasó en 1763 la estraña aventura que voy contaros. El Tuskaraway es un riachuelo, cuyas floridas orillas están hoy día cubiertas de deliciosas casas de campo, herreñas, molinos, aldeas y ciudades muy comerciales. Uno de los mejores edificios del país es la habitacion de Mr. William Garakoutié, rico propietario. Este amable anciano, que cuenta ahora ochenta y dos años, ha conservado todo el vigor de la edad madura, y cuando le felicitan por ello, contesta sonriéndose, que lo debe á la sangre india que circula por sus venas mezclada con la blanca. Si hay alguno bastante curioso para hacer una pregunta sobre este particular, lejos de mirarlo como una indiscrecion, el escelente Mr. William le agarra de la mano, le conduce á un sitio retirado de su parque, y le enseña con orgullo una vieja cabaña de corteza de abedul á que da sombra un enorme y antiguo tilo, último hijo de los bosques, que existe todavía en su heredad perfectamente cultivada. Desde aquel punto de vista, le enseña los inmensos y hermosos cultivos que cubren el país, y despues le dice:

—Hace ochenta años que esto era otra cosa. Entonces no habia resonado todavía el hacha del leñador en las selvas vírgenes que se estendian casi sin interrupcion por toda una region desconocida aun de los hombres blancos: allí vivian, en medio de sus bosques los indios indígenas, y los que habian sido lanzados á los desiertos por la civilizacion europea. Pero ya estos pueblos tan numerosos en la época del descubrimiento, habian sido diezmadados por dos az. tes traídos del antiguo mundo. Los últimos restos de aquellas naciones, en otro tiempo tan poderosas, se habian agrupado detrás de las vertientes occidentales de los Alleghany, en las orillas del Erie, del Ohio, y sobre todo en las del Muskingum. Las tribus mas conocidas, eran las de los delaware, cuyas aldeas estaban situadas en las márgenes mas fértiles del Muskingum: de los sennecas, que en otro tiempo formaban parte de la terrible liga de los mohawks: de los wyandots, espulsados antiguamente por los cherokees de las montañas del Ouasito, y que se habian retirado á las orillas del Sanduski: de

los outawas, que habitan ahora entre los lagos Huron y Michigan: de los shavaneses, que han construido sus wigwams en las hermosas llanuras regadas por el Scioto y sus afluentes: de los winebagos, cuyo principal alimento es el arroz silvestre que crece en las orillas de sus lagos: de los sandoukis, munsys, cagnawagas, chikassauws, mingos y otras de que no quedan ya mas que los nombres. Vivieron largo tiempo detrás

mas gracioso aspecto, aunque un poco agreste: un frondoso bosque de fresnos (1), encinas (2), cedros rojos (3) y cipreses (4), suministraba el fondo del cuadro. En fin, en medio de la sábana se elevaba un pequeño otero natural, á que daban sombra los árboles mas hermosos del país. El magnoliero (5), con sus grandes flores verdosas, y la fruta de un encarnado de coral, mezclaba sus anchas hojas barnizadas, con las



Garakoutié y Kerry-Moyamea.

de sus montañas con toda la sencillez de su naturaleza salvaje, y conservaron preciosamente las costumbres y tradiciones de sus antepasados: pero la Providencia habia decidido que les seria, por culpa suya, arrebatado aquel último asilo, y no pudieron evitar su triste destino.

Un ligero circuito del Tuskaraway formaba como una especie de vallado, en derredor del cual, hermosas praderas estendian sus verdes alfombras esmaltadas con las primeras flores de la primavera, porque entonces era el décimo cuarto sol de la luna de las ardillas (4). En el fondo de aquel valladar se elevaba la pendiente suave y cubierta de arbustos de una colina que formaba como el cuadro pintoresco de un paisaje del

lijeras de la acacia (6) el ikori, el pignal, el kesketo-niah y el shelibark (7), enlazaban sus ramas, cubiertas de unaes, demasiado leñosas para comerse, pero de las que los naturales preparan una bebida lechosa y refrigerante: el gordonia siempre verde (8) el stewartia de flores odoríficas (9) abrian sus hermosas corolas blancas, por entre las ramas de la vid virgen (10),

(1) *Fraxinus Caroliniana*. Lam. *Fraxinus americana*, *letragona*, *viridis*, *canadensis* etc. de Michaux.

(2) *Quercus alba*, *macrocarpa*, *lyrata*, *tinctoria*, *coccinea* etc., etc. de Mick y Willdn.

(3) *Juniperus virginiana*. Lin.

(4) *Cappessus Glenyoides*. Lin.

(5) *Magnolia acuminata*. Lin.

(6) *Robinia pseudo-acacia*. Lin.

(7) *Los juglans alba, nigra, cinerea y oliviformis*. Mich.

(8) *Gordonia Lasianthus*. Lin.

(9) *Stewartia pentagyna*.

(10) *Cissushaderacea*. Willdn.



que se agarraba á sus troncos y pendia formando largas guirnalda suavemente balanceadas por la brisa.

Al través del espeso follaje de aquel bosquecillo plantado por la naturaleza, se veían los tejados de tres wigwams indios. La armazón de aquellas ligeras habitaciones consistía en algunos pies derechos de siete á diez pies de largo, sólidamente clavados en el suelo, con una especie de aros, para sostener el techo, formado con las ramas largas y flexibles del castaño enano (1). Toda aquella armazón estaba enteramente cubierta con corteza del álamo negro (2) cosida con mucha limpieza, sobre todo por la parte que cerraba el techo, y las costuras estaban embetunadas con una pez resinosa que las hacía impermeables. La puerta, hecha de la misma corteza, sostenida por un marco de madera, en dos travesaños, de los que uno formaba el umbral y el otro el dintel. En medio del techo había una abertura, que servía á un mismo tiempo de ventana para que penetrara la luz, y de chimenea para dar salida al humo de un hogar colocado en medio de la cabaña. De aquella abertura pendía un palo retorcido, que sostenía sobre el fuego una caldera de cobre. El resto del mueblaje consistía en algunas pieles de oso arrolladas en un rincón, una carabina con pequeñas incrustaciones de hueso, varios vasos y utensilios de madera, un zurrón ó saco de piel de nutria que contenía bermellón, albayalde en polvo y otros objetos; y por último, se veían también muchos lazos para la caza. Igualmente había en el techo un aro del cual estaban atadas algunas cabelleras humanas, cuya piel, pintada de encarnado, había sido curtida con esmero: aquel trofeo de un valor feroz, anunciaba que el wigwam pertenecía á un guerrero. Tales son todavía las habitaciones de los salvajes indios.

Sin embargo, entre aquellas tres habitaciones había una, y es la cabaña junto á la cual estamos ahora sentados, que se diferenciaba un poco de las demás, y esto por una escepcion muy rara. En vez de tener la forma circular de una colmena de abejas, presentaba la de un óvalo prolongado: en su interior no se veía ni carabina ni cabelleras, ni nada que pudiese anunciar la mansión de un guerrero; pero era de una limpieza poco común en estas regiones, y lo mas notable era que se dividía en dos piezas por medio de una coladura de piel de gamo: la pieza de entrada servía de sala, y la del fondo servía evidentemente de alcoba. En esta cabaña, caballero, nací yo en 1764.

Un soberbio tilo (3) daba sombra á este último wigwam, y sobre un banco de musgo y de césped que había junto á la puerta estaban sentados dos individuos, con quienes es preciso contraigamos conocimiento. En su buena estatura, en sus robustos miembros, sus grandes ojos negros brillantes y un poco oblicuos; sus mejillas un tanto prominentes, su nariz aguileña, su barba lampiña y su tez cobriza, se hubiera reconocido desde luego al uno de ellos como indio, aun cuando su trage no lo anunciase. Era un joven que parecía tener cuando mas veinte y cinco años: tenía afeitado el pelo alrededor de la frente, y sus cabellos eran de un negro de azabache, gruesos y espesos y le caían sobre el cuello pero sin llegar á los hombros: en lo mas elevado del craneo llevaba una gorrita de plumas de diferentes colores, y por cada una de sus orejas que llevaba horadadas, pasaba una pluma larga de águila: (4) sobre las sienes y las mejillas, y muy cerca de las orejas, varias líneas pintadas representaban la figura de un pájaro groseramente dibujado, cuyos contornos estaban, sin embargo, bastante bien marcados para que pudiera reconocerse que era una ánade. El joven no tenía por vestido mas que una capilla ó manto muy corto de piel de castor, colocado sobre el hombro izquierdo, que le dejaba descubierto parte del pecho y brazo derecho, y una especie de chupa que no le llegaba mas que hasta la mitad del muslo, hecha con piel de gamo muy bien curtida. Sus pies estaban calzados con una especie de sandalias sin adornos, preparadas con la piel cruda de ciervo del Canadá (5): sus brazos, entre el codo y el hombro, estaban adornados con brazaletes de plata, y de su cuello pendía un hermoso collar de wampum (6). Todo esto era bastante pintoresco para ser descrito en una novela del Museo de las Familias, mas no sé como haceros aceptar el nombre trivial de mi héroe. Bien reflexionado todo, soy aquí mas historiador que novelista, y así, debo decirlo la verdad. Mi hermoso joven se llamaba Garakoutié, que en lengua delaware significa la ánade ó pato silvestre. Mejor hubiera querido que se llamase *Custaloya*, el gran castor, ó *Keyssinoct*, la serpiente negra: *Mawhington*, el lobo, ó *Outagamy*, el zorro: *Maskinongé*, el sollo: todo esto hubiera sido mas romántico: mas ¡ay!... mi héroe poco romántico por sí mismo, se llamaba el pato, y no me es dado evitarlo.... Sus compatriotas le habían aplicado este epíteto, no por que fuese

hábil nadador y pescador, ni por que hubiese nacido en las orillas entonces pantanosas del Muskingum, sino simplemente por que en sus alegres cantares, tenía la habilidad de imitar con toda perfección el grazido del pato, cosa que á los indios les parecía admirable.

En cuanto á la otra persona sentada al lado de Garakoutié era una joven de veinte años, de una hermosura tanto mas sorprendente, cuanto que nada tenía de común con las jóvenes delaware mas bellas. Su tez, en vez de ser rojiza, era del blanco mas brillante, y lo rosado de sus mejillas no tenía ninguna analogía con el cobre. Sus ojos eran azules, sus cabellos largos y sedosos del mas hermoso color rubio: sus formas graciosas y ligeras, su talle delgado, no la daban la menor semejanza con sus salvajes compañeras, y solo su trage podía darla á conocer por una habitante de los bosques. Sus cabellos estaban divididos en cuatro largas trenzas, de las cuales dos la caían por delante de los hombros, y las cuatro estaban mezcladas de perlas y cuentas de vidrio amarillas, encarnadas y azules: una especie de túnica de cuero muy delgado y flexible, la cubría desde el cuello hasta los pies, y estaba adornada por el pecho, las mangas, y la parte inferior de la falda con guarniciones de hermosas pieles cortadas con mucho gusto. Un ancho cinturón encarnado con cuatro hilos de perlas de vidrio, la ajustaba el talle: llevaba en los pies unas elegantes sandalias de piel de cabrito bien curtida, bordadas con mucho arte de puas de puerco espin, y guarnecidas con cascabeles de plata. Por encima de aquel trage se había puesto un lijero manto encarnado de lana que indudablemente era de fábrica europea. Pero lo que tenía de mas extraordinario entre los salvajes, era una cruzecita de oro, que sostenida por un collar de vidrio la caía sobre el pecho. Esta joven se llamaba Kerry-Moyamea, lo que traducido literalmente, quiere decir muger del Este (1).

En el momento en que se hallaba sentada á la puerta de su wigwam, sus hermosos ojos azules estaban fijos en un pedazo de blanca corteza de abedul, en la que había trazadas algunas letras.

—Moyamea, decía el joven, no comprendo como con una pluma de ganso cual la que tú tienes entre tus delicados dedos, puedes estampar en una corteza de álamo blanco, mis palabras que salen de los labios mas rápidas que el vuelo de un gavilán. Tú las dices: permaneced ahí, y permanecen. Cuantas veces dices á la inanimada corteza, repíteme esos pensamientos, te los repite. ¿Por qué no puedo yo hacer otro tanto? ¿Cómo esos pequeños rasgos negros, pueden volver á decir las palabras vivas de un hombre que ha partido para el Oeste (2), y hacerle hablar sin que abra la boca? ¿Son tus ojos los que ven en donde los míos no ven nada, ó esas figuritas tienen una voz que llega hasta tus oídos? Veamos.... yo no las oigo.... ¿las oyes tú?....

—No: respondió la joven sonriéndose.

—Pues bien, si son tan mudas para ti como para mí, ¿cómo has hecho para repetirme palabra por palabra lo que yo te había dicho?.... ¿Será acaso tu memoria mas feliz que la mía?

—No, hermano.

—Entonces nada comprendo. Eso provendrá del grande Espíritu Agan-Kitchee-Ockimaw (3) que habrá enseñado ese arte á los blancos. Veamos, Moyamea, haz que esa corteza repita lo que te he dicho ya hace algunas lunas.

La linda joven le recordó entonces, que en el mismo sitio en donde se hallaban, se acercó á ella Garakoutié con un tizon encendido en la mano; después comenzó á leer lo que en aquella época había escrito: «Hé aquí mi tizon, ¿sabes lo que significa? le he tomado de mi lumbre y no de la de ningún otro. Abre los labios y sopla encima de él un aliento de consentimiento, y me pondrás muy contento. ¿Bajas los ojos?.... continuó. Para convencerte de que soy un valiente, mira el mango de mi tomahawk (4), y verás en él las señales de siete cabelleras ensangrentadas (5). Pero si como una nube negra y densa que de repente oscurece la luz del sol, ofuscase la duda tu espíritu, sígueme y te las enseñaré; están colgadas en mi wigwam. Allí verás también carne curada al humo, pescado asado, y pieles de oso y otros animales en abundancia. ¿Quieres tener por marido á un guerrero?.... pues elígeme á mí que valgo tanto como cualquiera otro. ¿Quieres un cazador infatigable?.... pues verás como el hambre nunca llamará á tu puerta. ¿Quieres un pescador sufrido y astuto?.... Ven esta noche á mi canoa, y á la claridad de la luna verás si sé coger el salmón de escamas rojizas, la matizada trucha, y la anguila de plateado vientre. Si el agua de las nubes ó el frío del invierno penetran en tu wigwam, sabré muy bien echarlos de allí: no falta en los bosques corteza de abedul, y hé aquí mis diez dedos.

(1) Se llama *Kerryhum-sagal*, hombre del joven sol, ó del sol naciente, á los europeos.

(2) Es decir, que ha muerto.

(3) El buen Espíritu criador de todos los seres. Los salvajes jamás se dirigen á él por que no le tienen miedo. Todas sus ofrendas y oraciones son para Agan-Matchee-Manitu, que habita en las tinieblas de la noche, desde donde envía los sueños funestos, las enfermedades, las tempestades, la guerra, etc., etc.

(4) El tomahawk es una hacha de acero, y en otro tiempo de piedra con filo, provista de un buen mango; el lado opuesto al corte es un pedazo de hierro de forma octógona y hueco, en el cual fuman los guerreros.

(5) Siempre que un salvaje mata á un enemigo en el campo de batalla, hace con su cuchillo una muesca en el mango de su tomahawk; después con el mismo cuchillo corta la piel del craneo del cadáver, y la arranca con la cabellera para colgarla en su wigwam.

En cuanto á tu caldera estará siempre llena, y la lumbre encendida. ¿No contestas nada?... me detengo. ¿Puedo volver todavía á traerte mi tizon?.... (1).»

—Esas son mis propias palabras, exclamó el joven guerrero, y no podías repetir las si el gran Genio no sopla al oído á los blancos que poseen la ciencia. ¿Por que Ockimaw ha de haber olvidado á sus hijos de Erié (2) por los de la tierra de Onas?.... (3).

—No, hermano, le contestó Moyamea, así como los delaware, los primeros hombres del rayar del día (4), antes de atravesar el gran lago salado (5) para venir á establecerse en el país de Onas, nacieron en bosques como los nuestros, y durante largo tiempo fueron cazadores. La casualidad les hizo descubrir el hierro, y de allí ha dimanado su civilización y su ciencia. Si no conociesen el hierro, todavía navegarían como nosotros en piraguas, cazarian en sus bosques, no habrían atravesado jamás el gran lago, ni inventado la escritura. ¿Por que vosotros, guerreros del Oeste, no habeis jamás recogido el hierro sobre que pisais?.... (6).

—No, Moyamea, no. Sobre las nubes hay dos Ockimaws, el uno grande como una montaña, poderoso como el viento Noroeste del invierno, cuya mansión está cerca del país de la luz, al otro lado del lago salado, y los blancos con sus hijos; el otro es mas pequeño, mas débil, y habita el cielo de nuestros bosques. Todo esto es una oscura noche, entre cuyas espesas tinieblas los ojos de mi espíritu no pueden ver nada.

Al concluir estas palabras, el joven dejó escapar de su pecho un largo suspiro, y se cubrió el rostro con las dos manos. Entonces Moyamea se aproximó un poco á él, puso la mano sobre su brazo, y le dijo con una voz ligeramente conmovida:

—Garakoutié, no hay mas que un Ockimaw, y todos los hombres son hijos suyos: porque yo, hija de Onas, ¿no soy tu hermana, tu hermana que te ama?... añado con voz mas dulce.

—Tu boca habla bien, Moyamea, tu palabra es suave como la brisa de la primavera; pero tu corazón es sordo. ¿No has rehusado soplar sobre mi tizon encendido?

—Ya te lo he dicho: jamás habitaré el wigwam de un hombre que no adore el Ockimaw de mis padres, y que no mire á su muger como á su igual (7).

—¿No sabes tú que el buen genio está demasiado elevado para ver lo que pasa en la tierra, y que el malo que habita en las nubes de la noche se burla de nuestras desgracias? En cuanto á ti, Moyamea, ¡ojalá pudiera yo llevarte sobre las alas del águila, y elevarte á tanta altura como una montaña de los Alleghany.... Mira tus pequeñas manos blancas como la flor del atamascó (8), y dime si podrían empuñar el tomahawk: mira si tus delicados pies podrían lanzarte en persecución del oso por entre los bosques llenos de espinas, ó por los pedregosos senderos de nuestras montañas. La tímida paloma debe respirar en las ramas del tulipero (9), y el águila cernerse por encima de las nubes.

Entonces la joven retiró su blanca mano del brazo del salvaje con ademán de desagrado.

—Si, si, dijo, pienso como el sagamora que decía junto al fuego del consejo: «El que quiera sacudir á su enemigo con fuerza y dureza, debe volver por largo tiempo la espalda á la compañía de su muger.» ¡Garakoutié, tú no me amas!...

—Moyamea, oigo tus palabras, y sin embargo, el viento de la verdad no sopla en mis oídos. Mi espíritu está tan firme como el del sagamora; pero mi corazón ha sido herido, y gime. Yo estoy solo en mi wigwam; mi piel de oso está fría, mi lumbre se apaga, las cenizas de mi hogar están desparramadas, y mi caldera... ya no tengo ánimo para llenarla. ¿Cuando se caza ó se pesca para sí solo puede uno ser tan sufrido y tan diestro como cuando caza ó pesca para su muger?... Y si yo quisiese cazar, ¿quién me felicitaría por mi fortuna al estrecharme la mano? Hasta ahora no he vivido sin haber sido herido con frecuencia por la gran flecha de Agan-Matchee-Manitu (10): siempre la he arrancado y metido debajo de tierra: en toda mi vida he derramado

(1) Fórmula de una petición de matrimonio, traducida literalmente.

(2) El lago Erié, en cuyo derredor se hallan agrupadas las naciones llamadas delaware, wyandots, caguawagas, shawanes, mingots, oyatanows, etc.

(3) William Pen era muy apreciado de los salvajes, que le llamaban Onas; de aquí llamaron á la Pensilvania país de Onas, y á sus habitantes hijos de Onas.

(4) Los europeos, situados á Levante con respecto á los americanos.

(5) El Océano.

(6) Las minas de hierro son tan comunes en muchos parajes de la América, que algunas veces se andan muchas leguas por los campos, sobre el mismo mineral. Pero antes del descubrimiento, los indios ignoraban el modo de fundirle y forjarle, y después que se les ha enseñado, su apatía natural no les ha permitido explotar ni este ramo de industria ni ningún otro.

(7) Los salvajes, no solo de la América, sino de todo el globo, se creen de una naturaleza muy superior á la de la muger; pero lo mas singular es, que hasta las mismas mugeres participan de esta bárbara opinion. Encuentran muy sencillo el ser sus humildes esclavas, encargarse de los trabajos mas duros, labrar la tierra, transportar las cargas mas pesadas aun durante los mas largos viages, cuidar de la casa, de los hijos, preparar los vestidos, los alimentos, etc., mientras que los hombres cazan, pescan, fuman ó duermen, y ejercen la tiranía mas insolente sobre este sexo tan débil como bueno y generoso. Así debe suceder en todas las naciones en que la fuerza física prevalece sobre la fuerza moral.

(8) *Amaryllis atamascó*. Lin.; de flor solitaria, blanca, ligeramente teñida de rosa.

(9) *Liriodendron tulipifera*. Lin.; árbol de setenta y cinco á noventa pies, cuyas flores se asemejan á un tulipán.

(10) El mal espíritu. Los salvajes le temen porque es malo, y le ofrecen sacrificios de caza y de wampum para impedir que les haga daño, cuando de ningún modo se ocupan de buen espíritu Agan-Kitchee-Ockimaw.

(1) *Castanea pumila*. Mich.

(2) *Betula nigra*. H. K.

(3) *Tilla pubescens*. Vent.

(4) Esta pluma es la señal distintiva de los gefes ó sachems.

(5) *Cerons canadensis*. Desm. Este animal estúpido, cuyo grito se asemeja al rebuzno del asno, no es probablemente mas que una variedad del wapii, ó *cerons major* de Desmarest.

(6) El wampum es un pequeño cilindro hecho con la parte trasparente é interior de una concha, artísticamente redondeada, pulimentado y agujereado en toda su longitud, que comúnmente es de tres líneas por media de diámetro: los hay azules y blancos. Tomados con separación, los wampum pueden ser mirados como la moneda corriente de los indigenas: ensartados en hilo con un collar que forma su mas precioso adorno: metidos en una varita y dados después de una promesa, una compra, un acto de adopción ó de un discurso, la rama ó el collar de wampum, eran considerados como la mejor garantía: era como el gran sello de su cancillería.



mas sangre que lágrimas: no deberían correr mas que de los ojos de las mugeres, y jamás de los de un guerrero que mas de una vez ha visto con párpados enjutos la desgracia y la muerte.... ¡y sin embargo, Moyamea, mira!...

(Se continuará.)

La falta de espacio impide insertar hoy una larga *Revista musical* que sobre el teatro Real habia escrito nuestro colaborador señor don José Ortega; y en cambio ponemos á continuacion los dos artículos siguientes:

## TEATRO DEL CIRCO.

### LA PICAESCA, OPERA-COMICA EN DOS ACTOS.

#### CRITICA DE UN CRITICO.

Cumpliendo lo ofrecido en nuestra anterior *Revista musical*, vamos á ocuparnos de la última obra nueva ejecutada en el teatro del Circo, ya que cerrado al público, nos será imposible volver á hablar de él en algun tiempo. Comenzaremos diciendo que no nos fué posible asistir al teatro del Circo la noche en que se estrenó la ópera-cómica de los señores Gaztambide y Barbieri *La Picaesca*, á beneficio del señor Salas; pero en cambio la oímos en el último ensayo general.

Respetando nosotros el fallo severo y un tanto imprevisto del público acerca del mérito de esta composición que el genio de sus autores quiso sacar del caril trillado de la zarzuela, para elevarla á la categoría á que creemos está ya llamada la música de nuestros compositores, haremos algunas breves reflexiones que darán á conocer que dicha obra no ha podido ser juzgada *porque no ha sido oída*: 1.º porque el señor Salas, encargado de la parte principal, estaba ronco, y segun tenemos entendido, no pudo dar ni una nota: 2.º porque por una lamentable escision en la orquesta dejaron de asistir á los ensayos muchos de los primeros profesores de la misma, habiéndose puesto á tocar de repente los que les reemplazaron; y 3.º porque desde el mencionado último ensayo general hasta la primera y única representación, transcurrieron cinco ó seis dias. Digasenos en vista de estas tres razones si no habia motivo suficiente para que *La Picaesca* no produjera el efecto que á nosotros nos produjo en el ensayo general citado, á pesar de que se hizo sin la presencia del señor Salas, cuya parte en él desempeñó el segundo de sus autores para el estudio de las combinaciones armónicas en las piezas concertantes.

Lo que si no podemos menos de censurar es que el señor Salas antepusiera á una ambicion mezquina el éxito de la ópera. Antes que atraer concurrencia á su beneficio con el aliciente de oír á la señora Albani y al señor Ronconi, creemos estaba el porvenir de los compositores de una obra que ya lucha con un mal precedente. Debió haber esperado á estar en disposicion de darla todo el lucimiento posible, y si tanta prisa tenia en obtener el resultado de una gran entrada, pudo muy bien haber echado mano de alguna zarzuela, puesto que él creia que los dos artistas del teatro Real eran suficientes á asegurar un lleno.

Dejando ahora esto, nos cumple como enemigos de la injusticia, hacernos cargo de lo que un critico de teatros ha dicho de *La Picaesca*.

Prescindiremos del mérito literario del libreto, porque nos declaramos incompetentes en esta materia. Hé aquí lo que dice el critico á que aludimos, acerca de la parte lírica.

«La música nos parece aun mas estraña que la letra al origen de la fábula. Aquellas *clarinadas* á lo Verdi, aquel estrépito, parodia casi siempre de la música italiana moderna, entre el cual aparecen como fugaces relámpagos algunas indicaciones de aires indígenas, no es el mas á propósito ciertamente para ir echando los cimientos de la ópera española. Por lo demas, la mezcla de algunos *motivos* españoles, ó mejor dicho, andaluces (tales como el fandango y la caña), en medio de combinaciones intrincadas del género de *I Lombardi*, es no solo poco razonable, sino estravagante y abigarrada en grado heróico. Hay, sin embargo, algunas piezas muy bellas aunque no adecuadas al asunto.»

Para impugnar este juicio, debemos repetir antes de todo que no hemos oído *La Picaesca* mas que en el último ensayo general, y á los recuerdos que de él conservamos nos referimos.

Lo que el critico llama *clarinadas* á lo Verdi, nos parecieron á nosotros grandes y profundas combinaciones armónicas: el estrépito, parodia casi siempre de la música italiana moderna, se nos antojó dulces melodias y cantos muy agradables al oído, que lejos de participar del ritmo suave y sentimental de la música italiana moderna, y esta es su eminente condicion, están llenos de la alegre vivacidad de la música española, lírica y del género bufo, y por consiguiente muy distante de la italiana, tal como la de Bellini y Donizetti; y de intento no queremos citar á Verdi, porque sus *clarinadas* atacan sin duda los nervios del critico. Por lo demas, las combinaciones intrincadas de *I Lombardi* son, ora un raudal de armonía, ora una sucesion de cantos divinos que á nosotros nos ena-

Los *motivos* españoles, ó mejor dicho, andaluces, tales como el fandango y la caña, que forman un conjunto abigarrado en union de las *clarinadas* é intrincadas combinaciones, nos parecen á nosotros por el contrario altamente propios de la situacion (hablamos de los *motivos* españoles) porque ni la gente baja de Andalucía bailaria entonces al compás de un último pensamiento de Weber, ni mucho menos las canciones que en aquel tiempo entonaban las siempre graciosas andaluzas, serian del género del rondó final de *la Lucia*.

Añadiremos por via de conclusion, que ni una obra musical puede juzgarse solo con la impresion que en nuestro oído deja una primera y única ejecucion, ni mucho menos comprenderse todas sus bellezas artísticas aun cuando se oiga repetidas veces. El modo verdadero de formular un juicio imparcial, critico y razonado, es tener á la vista la *partitura*, y con ella en una mano y con los buenos preceptos del arte en la otra, ir desmenuzando frase por frase, pensamiento por pensamiento, y estudiar profunda y concienzudamente todos los efectos armónicos escritos y ajustados á las mas severas reglas del contrapunto.

En nuestra primera *Revista* nos ocuparemos del éxito que en el teatro Real alcance *La Linda de Chamounix*, que para su beneficio ha elegido la elegante y simpática señora Erminia Frezzolini.

Abril 2.

JOSÉ ORTEGA.

## CONCIERTO

DADO EN LA NOCHE DEL 29 DE MARZO, EN CASA DEL SEÑOR DON BALTASAR SALDONI.—OBRA FILARMÓNICA NOTABLE.

La noche del 29 en que se despedía del público madrileño la Albani, asistíamos nosotros á una brillante *soirée* musical que el maestro señor don Baltasar Saldoni dió en obsequio de todos sus muchos discípulos de ambos sexos, y con el doble objeto de presentar un verdadero estímulo á su aplicacion con esta especie de sesion de competencia. Lo escogido de las piezas y la perfecta ejecucion que alcanzaron nos imponen el agradable deber de dar á nuestros lectores una idea de esta reunion filarmónica.

Dió principio con la plegaria *d' il Mosé* de Rossini, cantada por las señoritas de Bocalán, García, Tejada, Paulos, Muñoz de Belmonte, Guerrero, Milego, Quevedo, y los señores Tapia, Velazquez, Sessé, Sanchez, Cáceres, Castellanos y Escriu. Los solos fueron ejecutados por la señorita de Sarró y los señores Robres y Combe, siendo su desempeño y el de los *tutti* correcto y afinado.

El duo de la *Azzemba di Granata* de Rossi, por las señoritas de Tejada y Guerrero, quienes cantaban por primera vez en público, alcanzó buen éxito, revelándonos en él las buenas facultades de que están dotadas.

El señor Escriu manifestó su inteligencia en la romanza de *Silva* del primer acto de *Hernani*.

Las señoritas de Paulos y Muñoz de Belmonte estuvieron igualmente afortunadas en el duo de *Brian de Bois*, de Concone, cantado en francés con extraordinario gusto. La segunda se presentaba tambien por primera vez, y nos agradó mucho lo simpático y fresco de su voz, y la dulzura con que ejecutó su parte.

La señorita de Tejada interpretó con raro acierto un aria de *Sancia di Castiglia* de Donizetti.

Las señoritas de García nos gustaron en el duo de *Saffo*.

La señorita de Sarró estuvo feliz en la cavatina *d' il Corsaro*, de Verdi.

La plegaria á la Virgen, poesia del señor don Ramon de Navarrete y música del señor Saldoni, nos agradó, tanto por sus buenos efectos melódicos y armónicos, como por la precision y afinacion con que fué cantada. Con ella concluyó la primera parte del concierto, y á la segunda sirvió de introduccion el aria de la *Favorita* por la señorita Guerrero que dijo el andante con extraordinaria pureza, y el *allegro* con toda la decision que requiere.

Las señoritas doña Adelaida y doña Mercedes Bocalán cantaron con notable gusto y sentimiento el duo *d' il Corsaro*, de Paccini: no supimos que admirar mas, si la pasion que destellaban los labios de la primera, ó la energia con que la segunda articuló las frases musicales de su parte.

La señorita de Paulos nos agradó sobremedera en la difícil aria de *Lucia*, cuyas ejecuciones venció con la mayor seguridad y afinacion.

El duo y el terzetto del primer acto de *Hernani* alcanzaron brillante éxito de parte de la señorita doña Enriqueta García y los señores Velazquez, tenor, y Cáceres, barítono.

En el aria de *Azzemba di Granata* la señorita doña Dolores García, lució su buena voz de contralto.

La *Salve*, de Saldoni, bellísima creacion de este apreciable maestro, está escrita con tan profunda filosofía, y tiene un sello religioso tan marcado, que eleva al alma á la contemplacion mas fervorosa. Todas sus frases musicales se van deslizand al compás de un *allegro* un poco movido, cuya circunstancia da á esta sentida composicion un tinte de homogeneidad que cautiva. Los solos están llenos de dulzura, y los *tutti* son un

raudal de gratas y sucesivas combinaciones armónicas del mejor efecto.

La señorita doña Adelaida Bocalán cantó el *A te clamamus* con todo el fuego de la inspiracion sagrada tan propio de esta patética invocacion; y su voz vibrante y de un timbre dulcísimo, al propio tiempo que resonaba en nuestro oído, conmovia las fibras mas secretas del corazon. El conjunto del desempeño fué admirable por parte de todos los demas discípulos del compositor.

Aquí terminaba el concierto segun el programa; pero la señorita doña Dolores García, cantó una cancion española que produjo el mas sorprendente contraste despues de los acentos religiosos que un momento antes nos habian embargado.

La señora doña Paulina Cabrero de Ahumada—ese rutilante astro de nuestros buenos círculos filarmónicos, y que mas de una vez se ha hecho admirar en los del extranjero—discípula tambien del señor Saldoni, condescendió con su natural amabilidad á los deseos de la escogida concurrencia que llenaba la sala, y cantó la romanza de *La Linda de Chamounix* con sentimiento, pasion y ternura. Pronunció el *io t'amo* con un acento tan conmovido, tan inspirado, que nos produjo una sensacion desconocida, y que nuestra pobre pluma no puede describir.

Tenemos entendido que tiene preparadas á sus muchos amigos y admiradores algunas reuniones musicales, en las que, á la eleccion acertada de piezas y su brillante ejecucion, se unirán el buen tono y cordial franqueza que siempre han presidido á estas *soirées* filarmónicas.

Volviendo á la del amable maestro diremos que la graciosa señorita doña Mercedes Bocalán, cantó la cancion española el *Mareo*, compuesta y dedicada expresamente á ella por los señores Saldoni y Guerrero, con un donaire y voluptuosidad sin igual. Para comprender bien la intencion que da al verso

Miro sus ojos  
Que cual lumbre tiene rojos,  
Y en mi sangre siento ardor....  
Mas yo le veo,  
Y me mareo....

es necesario estudiar todos los cambios que experimenta la fisonomía de esta vivaracha y traviesa niña, *mirar sus ojos* que se entornan voluptuosamente al llegar al *me mareo* y al *¡ay!* que á media voz despiden sus labios. Imposible es espresar el efecto que nos produce esta cancion siempre que la oímos—y tenemos la fortuna de oirla muchas veces.

La terminacion del concierto fué una magnífica improvisacion que sobre el tema de *El Sol de los trópicos*, dado por la linda señorita de Muñoz de Belmonte, y al compás de una sentida melodia con acompañamiento de piano, nos hizo oír el señor don Pascual Cataldi, sintiendo únicamente que la infidelidad de nuestra memoria nos prive del placer de poder trasladar aquí alguno de los inspirados versos en que abundó.

Todas las piezas fueron acompañadas al piano por el señor Saldoni con la maestria del autor de *Ipermestra*, *Cleonice*, *Boabdil*. Y á propósito de esta ópera; ¿cuando se ejecuta en el teatro Real de palacio? Tenemos entendido que S. M. la reina ofreció al compositor hace año y medio que se cantaria en el régio alcazar, y que con este motivo se hicieron los ensayos en el Liceo, gustando mucho la composicion, que reúne á su mérito, la circunstancia de estar expresamente escrita para los cantantes de la Real cámara. Pedimos á nuestros lectores nos dispensen esta digresion y vuelvan con nosotros al concierto.

En los intermedios se sirvieron con profusion dulces y helados, y reinó toda la noche el buen tono y amable franqueza consiguientes á una reunion tan distinguida, que dejará por mucho tiempo gratos recuerdos á los que tuvimos la dicha de disfrutar de sus encantos.

Con el título de *La ópera italiana ó Manual del filarmónico*, verá muy pronto la luz pública una obra original escrita por el apreciable señor don Nicolás Pardo Pimentel, antiguo periodista, y director y fundador del DIARIO OFICIAL DE LA MARINA del Apostadero de la Habana, y hoy empleado en el Archivo general de la Real Casa y Patrimonio. S. M. la reina por decreto autógrafo de 49 de diciembre último se dignó admitir la dedicatoria de la obra que hoy anunciamos.

Comprende muchas y muy curiosas noticias, entre otras, un resumen histórico del drama lírico moderno, la descripcion de los primeros teatros de Italia, del Real de Madrid, de los de Barcelona, etc. con otra porcion de datos interesantes que harán muy útil su adquisicion á los aficionados á la música.

Mucho deseamos que esta obra llegue á nuestras manos para tener el gusto de dedicarla algunas breves reflexiones.

Abril 4.

JOSÉ ORTEGA.





## LA JUVENTUD DE LOS MOSQUETEROS.

Drama en cinco actos y un prólogo

POR A. DUMAS.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR DON F. SEPÚLVEDA.

## PERSONAJES DEL DRAMA.

Mr. de Artagnan.	Biscarat.
Mr. de Athos.	Cahussac.
Mr. de Porthos.	Jussac.
Mr. de Aramis.	El patron de la barca.
Buckingham.	La-Poste.
Luis XIII.	Milady de Winter.
El Cardenal.	Ana de Austria.
Rocheport.	Madama Bonacieux.
Bonacieux.	Ketty.
Lord de Winter.	La superiora de las
Treville.	Carmelitas.
Planchet.	Bazin.
Un Escribano.	Mosqueton.
Felton.	Patrick.
El Verdugo.	David.
El Tabernero de la Pa-	Un oficial.
loma encarnada.	Guardias.
El Canciller.	Mosqueteros.
Grimaud.	Criados.
Boistracci	

## ACTO PRIMERO.

## CUADRO 2.º

## LA ANTECAMARA DEL SEÑOR DE TREVILLE.

Antecámara a la derecha.—El gabinete de Treville a la izquierda.—Puerta en la antecámara a la derecha que conduce a la casa del cardenal.—Un mosquetero de centinela a la puerta de Treville.—Un guardia del cardenal a la otra puerta.—Empieza a amanecer.

## ESCENA I.

JUSSACE, hablando al centinela de la puerta del cardenal, ARAMIS en frente.

JUSSACE. Ya teneis la consigna, Biscarat: acordaos que su eminencia quiere la paz.

BISCARAT. Está bien, mi teniente.

JUSSACE. (Mirando a Aramis.) Quiero decir que es preciso que los guardias del cardenal vivan en buena inteligencia, hasta con los mosqueteros del rey.

BISCARAT. Está bien, mi teniente.

JUSSACE. Procurad estar alerta; el señor de Rocheport va a venir a relevaros.... (Vase.)

ARAMIS. Vos que no sois teniente a lo que creo, señor de Biscarat, ¿quereis hablar cuatro palabras conmigo?

BISCARAT. Hablad, señor de Aramis, hablad.

ARAMIS. Pues señor, encuentro un poco impertinente la segunda parte de la frase, hasta con los mosqueteros del rey: ¿no os parece lo mismo, señor de Biscarat?....

BISCARAT. Soy un guardia del cardenal, y esa frase no me choca, señor de Aramis.

ARAMIS. He ahí lo que podríamos explicar despues de la guardia, señor de Biscarat.

BISCARAT. Tampoco tengo inconveniente, señor de Aramis.

ARAMIS. Pues señor, eso es todo lo que tenía que deciros, caballero guardia.

BISCARAT. Estoy siempre a vuestras órdenes, caballero mosquetero. (Vuelven a pasear a lo largo de las puertas.)

## ESCENA II.

LOS MISMOS.—MADAMA BONACIEUX, entrando por el gabinete de TREVILLE, levanta la cortina y toca en la espalda de ARAMIS.

BONACIEUX. Chist. Aunis y Anjou, manteneos firme, para que ese guardia no me vea.

ARAMIS. ¿Cómo así?

BONACIEUX. Justamente: tomad este pañuelo, mirad la cifra, y si alguna persona os presenta otro semejante, tened confianza en ella.

ARAMIS. ¿Pero cuando, y en qué punto me presentarán ese pañuelo?

BONACIEUX. En vuestra casa, calle del Vaugirad.... llamarán por el postigo, prevenidlo a la persona que ocultais.

ARAMIS. ¿Cómo, sabeis vos?....

BONACIEUX. Lo sé, y basta. Esto es todo por ahora: lo demás vendrá despues: continuad vuestro servicio, y adios. (Entra en el gabinete y desaparece.)

## ESCENA III.

LOS MISMOS.—MILADY y ROCHEFORT, saliendo de casa del cardenal.

ROCHEFORT. Nada es mas sencillo, milady: tomad este pañuelo y observad la cifra.

MILADY. Ya la veo una C y una B.

ROCHEFORT. Eso es, con él vais a la calle de Vaugirard, junto al paseo de los álamos; llamais al postigo de una casa guarnecida de follage; mostrais este pañuelo a la persona que se presente, le pedis la carta, y como el pañuelo es la señal convenida entre ellos; no tendrán dificultad en dároslo.

MILADY. ¿Nada mas que la carta?

ROCHEFORT. Nada mas, pero acordaos de enviármela al momento.

MILADY. Decid, ¿y si por casualidad me preguntan el nombre del dueño de la casa?

ROCHEFORT. Un mosquetero que se llama Aramis.

MILADY. ¿Aramis? Bien.

ROCHEFORT. Ahora mucho disimulo: voy a relevar los centinelas.

MILADY. Yo me vuelvo a mi casa.

ROCHEFORT. Señores, han dado las siete: estais en libertad. (Dan las siete, MILADY sale habiéndose puesto una careta en el rostro: relevan a Aramis.)

## ESCENA IV.

(Oyese una música guerrera, se abren las puertas y los mosqueteros comienzan a entrar en la antecámara.)

ARTAGNAN.—ARAMIS.—PORTHOS Y MOSQUETEROS.

PORTHOS. Si, señores, he sido vencido anoche por el frio, y como tengo miedo a los reumas, me he puesto la capa.

BOISTRACCI. ¡Oh! pero ¿no es un talabarte, eso que llevais terciado sobre el pecho? Porthos es el sol de la elegancia. (Todos hacen signos de admiración.)

PORTHOS. Me sienta bien, ¿no es verdad? (Con negligencia.)

ARAMIS. Buenos días, Porthos.

PORTHOS. ¡Hola! buenos días, Aramis.

ARAMIS. (Llevándole aparte.) Venid acá.... os desvanecéis en seguida con los elogios. ¿Cómo está nuestro enfermo?

PORTHOS. Sufre mucho.... ha recibido un golpe de mil diablos.... la espada le entró por la espalda, y le ha atravesado hasta el pecho.

ARAMIS. ¡Pobre Athos! ¿no ha dejado la cama?

PORTHOS. (En alta voz.) Para eso está: tiene una fiebre de caballo.... Afortunadamente nadie lo sabe todavía y no será yo el que vaya a decirselo al capitán Treville. (Artagnan aparece por detrás de los grupos de mosqueteros.)

ARAMIS. Chist.... ¡por Dios! Porthos, hablad mas bajo: teneis una voz que mete mas ruido que vuestro talabarte.

PORTHOS. Eso es muy justo: hay aqui algunos estrangeros. (Artagnan se desliza con el sombrero en la mano por entre los grupos de mosqueteros.)

ARAMIS. Esperad: ¿quien es aquel que se cuela por allí? no le veis Boistracci?

BOISTRACCI. Debe ser un gascon recientemente llegado a la corte: pronto lo sabreis. (Marchando hacia Artagnan.) Perdonad, caballero ¿en qué podemos servirlos?



Esc. na IV.—Artagnan y los mosqueteros.

ARTAGNAN. Deseo hablar al señor de Treville, capitán de mosqueteros.

BOISTRACCI. Ahí teneis a su ayuda de cámara.

ARTAGNAN. Gracias, caballero. (Al criado.) ¿Tendréis la bondad de decir al señor de Treville, que el caballero Artagnan le pide un momento de audiencia?

CRÍADO. Con mucho gusto: pero el señor de Treville no ha llegado todavía.

ARAMIS. Señores, señores, el capitán.

TODOS. ¡Ah! (Movimiento entre ellos.)

ARAMIS. Mala cara trae.

BOISTRACCI. Es que ya sabrá la aventura de ayer.

## ESCENA V.

LOS MISMOS.—TREVILLE. (Los mosqueteros le saludan.)

TREVILLE. Buenos días, señores, buenos días.... Y bien, ¿qué ocurre de nuevo?

BOISTRACCI. Nada absolutamente, capitán.

TREVILLE. ¿Los servicios!.... (Entrando en su cuarto.) ¡El Proceso verbal!

ARTAGNAN. No son miradas, son rayos los que lanzan sus ojos.

PORTHOS. Esto va mal.

ARAMIS. Muy mal. (Portos va a conversar a un grupo, mientras Aramis se queda en otro.)

ARTAGNAN. Qué bellos son los mosqueteros. Qué figuras tan nobles y qué vivas simpatías experimento hacia ellos.... pero allí veo uno que ha dejado caer su pañuelo. (Aramis lo nota y pone el pie encima.) Caballero, (Aramis no responde.) Caballero.... creo que vais a perder vuestro pañuelo. (Lo toma y se lo da.)

ARAMIS. Gracias. (Brutalmente.)

ARTAGNAN. No es nada amable. (Aparte.)

BOISTRACCI. (Anticipándose a tomar el pañuelo.) Hola, Hola, discreto Aramis; y luego dirás que te hallas a matar con mi prima Boistracci, cuando te presta sus pañuelos.... mirad la cifra, señores, C. y B.

ARTAGNAN. Vamos he hecho una jugada soberbia. (Aparte.)

ARAMIS. (Dirigiendo a Artagnan miradas furiosas.) Os engañais, caballero; ese pañuelo no es mio, y no sé porque razon ha tenido el señor el capricho de entregármelo a mí, mejor que a cualquiera de vosotros: no es mio y aqui teneis la prueba.... mirad mi pañuelo en el bolsillo.

BOISTRACCI. ¿Lo megas? en hora buena; sin eso, me hubiera visto obligado, por la reputacion de mi prima Boistracci....

TREVILLE. (Golpeando sobre la mesa.) ¡Es una iniquidad, vive Dios!

BOISTRACCI. El capitán se irrita.

ARTAGNAN. Caballero, (A Aramis.) siento mucho haberos producido....



Artagnan.

ARAMIS. Ya arreglaremos esa cuenta.

ARTAGNAN. ¡Ah! si lo tomáis así.... id al diablo.

TREVILLE. ¡Un servicio! un escándalo si que va a producirse ¡ira de Dios!

PORTHOS. Ya escampa.

TREVILLE. Vamos a verlo; despidamos primero a las gentes estrañas para tratar el asunto en familia.

¿Quién está fuera? (Al criado.)

CRÍADO. Algunos oficiales del ejército.

TREVILLE. Mas tarde.

CRÍADO. Un secretario del señor de Tremoville.

TREVILLE. Que venga mañana.

CRÍADO. También teneis que poner algunas firmas.

TREVILLE. Dame luego. (Se pone a firmar.)

BOISTRACCI. ¡Loado sea Dios! el capitán se calma.... Pero por qué no os quitais la capa, Porthos? así podríamos admirar vuestro tahalí, que de seguro no tiene igual el rey.

ARAMIS. Yo apuesto a que ese bordado vale a diez pistolas por vara.

PORTHOS. Me cuesta a doce, y tiene una vara y tres cuartas de longitud.

BOISTRACCI. ¡Oh! eso es suntuoso, ¿y es tan fino el bordado por detrás como por delante?

PORTHOS. (Rodeado de curiosos se envuelve en la capa.) Es todavía mas fino.

TREVILLE. ¿No hay mas?

CRÍADO. ¡Ah! señor, me habia olvidado: un caballero de Gascuña.—El señor de Artagnan....

TREVILLE. ¡Artagnan! ¿mi viejo amigo Artagnan?



CRÍADO. No señor, es un joven.  
TREVILLE. Su hijo entonces... llámalo.  
PORTHOS. Me vais á hacer estornudar.  
CRÍADO. El señor de Artagnan...  
ARTAGNAN. Aquí estoy. (Al dirigirse hacia el gabinete de Treville tropieza con Porthos, ambos se mueven á uno y otro lado para dejarse paso. Artagnan se enreda en la capa de Porthos y se la arranca.—Se vé que el tahali, no está bordado sino por delante.)  
PORTHOS. ¡Ah! ¡imbécil!  
BOISTRACCI. Ja, ja, ja, el tahali no tiene mas que una cara. (Risa general.)  
ARTAGNAN. Bueno. (Aparte.) Esta ha sido mas negra que la anterior. (Quiere pasar, Porthos le detiene.)  
PORTHOS. Vos me la pagareis, señor gascon.  
ARTAGNAN. Corriente, pero dejadme pasar.  
PORTHOS. ¡Oh! allá fuera os espero.  
TREVILLE. ¿Y bien, ese señor Artagnan?  
ARTAGNAN. Soy con vos, mi capitán. (Entra en el gabinete: las risas continúan en torno de Porthos.)

## ESCENA VI.

LOS MISMOS.—ARTAGNAN.

ARTAGNAN. Perdonad, señor capitán, que venga á incomodaros... ¡tenia tanto deseo de llegar hasta vos por conocerlos!  
TREVILLE. Gracias... un momento, joven. (Habla á su ayuda de cámara.)  
PORTHOS. (A los mosqueteros que continúan riendo.) Era una broma... es que habia hecho una apuesta.  
ARAMIS. Si, parece broma lo que está pasando.  
TREVILLE. (Continuando la lectura del proceso verbal.) No puedo contenerme... Athos... Porthos... Aramis... (Llamando.)  
ARTAGNAN. ¡Qué nombres tan singulares! (Aparte.)  
PORTHOS. ¡Aramis!  
ARAMIS. ¡Porthos!  
TREVILLE. Athos, Porthos, Aramis. (Llamando otra vez.)  
PORTHOS. ARAMIS. (Entrando en el gabinete de Treville.) Vednos aquí, capitán.  
TODOS. Escuchemos. (Desde fuera.)  
TREVILLE. ¿Sabeis señores, lo que el rey me ha dicho ayer noche?  
PORTHOS. No señor.  
ARAMIS. Pero esperamos que nos hareis el honor de decirnoslo.  
TREVILLE. El rey me ha dicho que en adelante iba á reclutar sus mosqueteros entre los guardias del cardenal.  
TODOS. ¡Oh! (Fuera.)  
PORTHOS. ¿Y por qué ese capricho, señor?  
TREVILLE. Porque quiere que el aguapie de su bo-

na de la calle Féron, fueron arrestados por una patrulla de sus guardias... de las suyas... de Richelieu, jira



Escena VI.—Athos, Porthos y Aramis.

de Dios! ¡arrestar á los mosqueteros! Hablad, señores... vosotros estabais allí... os han conocido... os han nombrado.

PORTHOS. ARAMIS. ¡Señor!...  
TREVILLE. ¡Oh! yo tengo la culpa; pero esto me enseñará á escoger mejor mis soldados... Veamos... vos, señor Aramis, ¿por qué me habeis pedido la casaca de mosquetero, cuando estabais mejor debajo de una sotana? y vos, señor Porthos, ¿venis ostentando ese magnifico talabarte, para colgar de él una espada de paja? ¡Vive Dios! y Athos!... no lo veo, ¿dónde está...?  
ARAMIS. Athos está enfermo, señor.  
TREVILLE. ¡Enfermo! ¿y de qué?  
PORTHOS. Se teme que sean las viruelas.  
TREVILLE. ¿Queréis engañarme por ventura? Athos no está enfermo... estará herido, muerto quizás. ¡Si yo lo supiese! ¡vive Dios!  
ALGUNOS MOSQUETEROS (desde fuera.) Esto se pone serio.  
(Consultan entre sí, y dos de ellos salen de la escena.)  
TREVILLE. ¡Pesía tal! señores mosqueteros, que no oígo otra cosa sino que frecuentais los sitios prohibidos, y que dais soberbios mandobles en las encrucijadas. No quiero que se den motivos de risa á los guardias del cardenal, que son bravos como leones. (Murmillos) que nunca se ponen en el caso de ser arrestados, y que si una vez se pusiesen no se dejarían arrestar, estoy seguro ¡morirían en su puesto antes de retroceder!... porque eso de salvarse y huir, es bueno para los mosqueteros. (Ruido y muestras de furor en la antesala. Porthos y Aramis se muerden los dedos de rabia.)  
TREVILLE. ¡Ah! ¡seis guardias de su eminencia arrestar á seis mosqueteros del rey! ¡Ira de Dios! pero ya he tomado mi partido y ahora mismo me voy al Louvre á presentar mi dimision de capitán de mosqueteros, y á pedir una tenencia en los guardias del cardenal. Si me lo niegan me meto fraile... entonces vos podreis ser mi fámulo, Porthos, y vos mi pertiguero, Aramis.  
(Explosion de murmullos en la antecámara. Artagnan procura ocultarse detrás de la mesa.)  
PORTHOS. Teneis razon, capitán; es verdad que nosotros éramos seis contra seis; pero nos cogieron á traicion, y antes que tuviésemos la espada en la mano, ya habian muerto dos de los nuestros, y Athos estaba herido.  
TREVILLE. ¡Ah! ¡herido!...  
PORTHOS. Ya conocéis á Athos; pues bien, procuró levantarse dos veces y la dos volvió á caer en tierra... En cuanto á nosotros, no fuimos, nos condujeron arrestados...  
ARAMIS. Por mi parte, tengo el honor de aseguraros, señor, que he muerto á un guardia del cardenal con su propia espada, porque me habian robado la mia...  
TREVILLE. ¡Oh! nada se me habia dicho de esto, señores; pero ¿y Athos?  
ARAMIS. Por favor, capitán, no digais que está herido; sé que moriria de desesperacion si eso llegase á noticia del rey, y como la herida es tan grave, que le hace guardar cama... temeria...  
(Se ve entrar á Athos sostenido por dos mosquete-

ros: está pálido como la muerte: levanta la cortina y aparece.)

ARAMIS. ¡Athos!  
TREVILLE. ¡Imprudente Athos!  
ATHOS. Me han dicho que me llamabais, y vengo á ponerme á vuestras órdenes. ¿Qué me quereis?  
TREVILLE. Tenia necesidad de decir á estos señores, que les prohibo que espongan su vida sin motivo... los hombres valientes son necesarios al rey, y los mosqueteros son los mas valientes del mundo... Vuestra mano, Athos... (Bravos, alegría general.)  
ATHOS. (Desfallecido.) Perdonad, señor...  
TREVILLE. ¿Qué teneis?  
ARAMIS. ¡Se desmaya!... el dolor quizás. ¡Oh! le habeis estrujado la mano, señor...  
TREVILLE. ¡Un cirujano! ¡el mio, el del rey, el que sea mejor!... ¡un cirujano! ¡pronto, con mil rayos!... que mi bravo Athos se muere... (Todo el mundo se pone á correr esclamando: un cirujano.) Colocadlo en esta cámara con cuidado.  
ARAMIS. Esto no será nada; Athos es fuerte.  
BOISTRACCI. ¡Eminencia de mil demonios!...  
PORTHOS. ¡Oh! los guardias de su eminencia; ya pueden mirar por donde pisan.  
TREVILLE. Vamos señores, dejad si os place, un poco mas despejado mi gabinete. (Salen todos y van á agruparse en la antecámara.)



Vista de Meung.

## ESCENA VII.

TREVILLE.—ARTAGNAN.

TREVILLE. Veamos, ¿qué estaba yo haciendo?  
ARTAGNAN. (Saliendo de su rincón.) Señor...  
TREVILLE. ¡Ah! teneis razon, señor de Artagnan. Y bien, ¿qué es lo que deseais de mí? Yo seré muy dichoso si puedo hacer alguna cosa por vos, en memoria de vuestro padre.  
ARTAGNAN. Señor, venia á pedirlos muy confiado una plaza de mosquetero; pero despues de lo que acabo de presenciar, considero que tal favor seria enorme y no lo merezco.  
TREVILLE. El hombre debe ser modesto, sobre todo si es gascon... No, yo no podria daros una plaza de mosquetero á menos que no tuviérais dos años de campaña, ó que contaseis servicios muy señalados... Pero



Escena VII.—Treville y Artagnan.

todas las cosas quieren paciencia... Nuestros segundones del Bearne, no son demasiado ticos que digamos, y probablemente vos, no habeis nadado en oro.  
ARTAGNAN. ¡Caballero!... (Picado.)  
TREVILLE. Si, si... conozco bien esos arranques porque soy del país... Cuando llegué á Paris no tenia mas que cuatro escudos en el bolsillo, y me bati dos veces porque hubo personas que aseguraron que no me hallaba en estado de comprar el Louvre.



Escena VI.—Treville, los mosqueteros y Artagnan.

dega desaparezca, y sea reemplazado con excelente vino... Si, señores, su magestad tiene razon... los mosqueteros hacen muy triste papel en la corte; y el señor cardenal, el gran cardenal, contaba ayer delante de mí, que algunos ruines mosqueteros, algunos de esos fanfarrones que parten los hombres á cercen, habiéndose quedado fuera de la hora permitida en una taber-

TREVILLE. ¡Oh! nada se me habia dicho de esto, señores; pero ¿y Athos?  
ARAMIS. Por favor, capitán, no digais que está herido; sé que moriria de desesperacion si eso llegase á noticia del rey, y como la herida es tan grave, que le hace guardar cama... temeria...  
(Se ve entrar á Athos sostenido por dos mosquete-



ARTAGNAN. ¿Nada mas que cuatro escudos? yo traigo ocho.

TREVILLE. Bien: resolvos luego... puedo daros una carta de recomendacion para el director de la Academia que os admitirá sin retribucion de ninguna especie... allí se enseña esgrima, equitacion y baile.

ARTAGNAN. ¡Oh! señor, yo sé montar á caballo, se ponerme en guardia con la espada en la mano, y en cuanto al baile...

TREVILLE. Quiere decir que sois un muchacho completo, y no teneis necesidad de nadie... venid á verme de cuando en cuando, y hablaremos de vuestros asuntos.

ARTAGNAN. Soy un zopenco: me estoy despidiendo á mi mismo (*Aparte*) ¡Ah! señor: no sé lo que me digo, me turbais y pierdo la cabeza... ¿Por qué habré venido sin la carta de mi padre? su recomendacion me hubiese servido de mucho.

TREVILLE. En efecto, ¿como es que habeis venido sin una carta de recomendacion?

ARTAGNAN. La que traia, señor, me ha sido pérfidamente robada.

TREVILLE. ¿Robada?

ARTAGNAN. Si señor, en una posada de Meung... montaba yo un caballo de color amarillo...

TREVILLE. ¡Un caballo de color!... ¿de qué?

ARTAGNAN. Una espiga de oro, señor... En la posada habia un caballero que pretendió que el matiz de mi caballo pertenecia mas bien al reino vegetal que al animal; y como esto era para mí un enorme insulto, echamos mano á las espadas... pero el posadero, seguido de todos sus rufianes, cayó sobre mí á garrotazos, y me hirieron... me hirieron gravemente, señor, no obstante las amenazas que les hice, invocando vuestro nombre.

TREVILLE. ¡Mi nombre! ¿habeis pronunciado mi nombre?

ARTAGNAN. ¿Qué quereis? un nombre como el vuestro debia servirme de escudo, y así he venido anunciándome en toda la marcha, como el protegido del señor de Treville; pero la suerte me abandonó de repente, y mi adversario tuvo á bien dejarme en poder de la chusma.

TREVILLE. Esa no es buena accion de caballero.

ARTAGNAN. Tenia cierta disculpa, porque esperaba á una muger, muy hermosa por cierto, la cual llegó al poco rato y tuvo con él una larga entrevista... pero esa no era una razon para preguntar al posadero por mi persona, ni para registrar mis bolsillos, á pretexto de curar mis heridas, ni mucho menos para robarme la carta de mi padre, porque es él seguramente el que me la ha robado.

TREVILLE. Pero ¿qué interés podia tener?...?

ARTAGNAN. Ninguno, señor: yo atribuyo á la envidia. (*Entran Aramis y Porthos.*)

TREVILLE. ¡Hum! ¿Decis que el lance os ha pasado en Meung?

ARTAGNAN. Si señor,

TREVILLE. ¿Hace mucho tiempo?

ARTAGNAN. Ocho dias.

TREVILLE. ¿No habeis dicho que era un caballero que esperaba á una muger?

ARTAGNAN. A una muger muy hermosa.

TREVILLE. ¿Es alto?

ARTAGNAN. Bastante.

TREVILLE. ¿Rostro atezado, cabellos y bigotes negros?

ARTAGNAN. Si señor, el mismo.

TREVILLE. ¿Tiene una cicatriz en la frente?

ARTAGNAN. Precisamente... ¿pero cómo es que vos conoceis á ese hombre? ¡Ah! si lo encuentro alguna vez en mi vida... por favor, señor, haced que yo le vea.

TREVILLE. ¿Sabeis lo que le ha dicho la muger?

ARTAGNAN. Si, le dijo estas palabras: «Anunciad que estará en París dentro de ocho dias.»

TREVILLE. ¿Y él que ha contestado?

ARTAGNAN. El ha respondido: «Está bien, Milady.»

TREVILLE. Eso es, eso es... ¡son ellos! ¡Ah! señor cardenal... Veamos, joven, pensemos en vos.

ARTAGNAN. Ahora mismo acabais de decirme que conoceis á ese hombre; pues bien, señor, creeré que habeis agotado para conmigo toda vuestra bondad si me decis solamente su nombre... su nombre: quiero vengarme y no vivo de impaciencia.

TREVILLE. Guardaos bien de ello, mancebo... y si acertais á verlo venir por un lado de la calle, pasad en seguida al otro; no choqueis con esa montaña que os hariais cascos como el cristal... Vamos, permaneced tranquilo, señor gascon, mientras escribo al director de la Academia.

ARTAGNAN. Bien, bien. (*Aparte.*) Lo que quiero es encontrarle. (*Treville escribe.*) Montaña ó esponja, como él se ponga al alcance de mi mano ¡ah! (*Mira hacia la puerta.*)

TREVILLE. ¿Qué ocurre?

ARTAGNAN. Es él.

TREVILLE. ¿Quién? (*Rocheffort sale de casa del cardenal y atraviesa la escena.*)

ARTAGNAN. Mi asesino... el ladrón que me ha robado la carta. (*Hace ademán de ir sobre él.*)

TREVILLE. ¡Deteneos, voto al diablo!

ARTAGNAN. Esperad... esperad... (*Siguiendo á Rocheffort.*)

#### ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—ATHOS.

ATHOS. ¡Ira de Dios! (*Se lleva la mano á la espalda.*)

ARTAGNAN. Perdonad... voy tan de prisa...

ATHOS. Alto ahí... (*Deteniéndole.*) esa razon no basta.

ARTAGNAN. El mosquetero herido... (*Aparte.*) Esta es otra barbaridad... Caballero, tened la bondad de dispensarme... yo...

ATHOS. Un momento... vos no sois el señor de Treville para tratar con ese desenfado á los mosqueteros.

ARTAGNAN. Ya os he dicho, caballero, que no queria tropezar con vos: os he pedido mil perdones, y esto me parece que es bastante... dejadme, bajo palabra de honor, os digo que tengo prisa.

ATHOS. Voy creyendo que efectivamente teneis prisa.

ARTAGNAN. ¡Ah! mas no es por librarme de vos, caballero. Cuando alguno me busca, corro siempre, pero es hacia él.

ATHOS. Pues bien, caballero apresurado, á mi me encontrareis sin necesidad de correr; ¿lo entendeis?

ARTAGNAN. ¿En dónde?

ATHOS. Junto á los Carmelitas descalzos.

ARTAGNAN. ¿A qué hora?

ATHOS. A las doce; pero tened cuidado en no hacerme esperar, porque á las doce y cuarto soy yo el que corro hacia vos, y os arranca las orejas donde os encuentre.

ARTAGNAN. Estaré á las doce menos dos minutos. (*Athos se aleja. Artagnan echa á andar de prisa.*)

PORTHOS. Caballero gascon... (*Desde un grupo.*)

ARTAGNAN. ¡El hombre del tahalí! (*Aparte.*) ¿Cómo me libraré de este?

PORTHOS. ¿Sabeis donde está el Luxemburgo?

ARTAGNAN. No por cierto, pero lo sabré...

PORTHOS. ¿A las doce?

ARTAGNAN. A la una, si os place.

PORTHOS. Enhorabuena.

ARTAGNAN. Aun puedo corriendo bien (*aparte*) atrapar á mi ladrón... (*Se dispone á correr.*)

ARAMIS. Caballero... (*Cerca de la puerta.*)

ARTAGNAN. ¡Ah soberbio! (*Aparte.*) ¡El hombre del pañuelo!

ARAMIS. Ya sabeis que os espero en la calle de la Chasse-Midi á las doce.

ARTAGNAN. A las doce, no me es posible, caballero; ¿os es igual á las dos?

ARAMIS. No hay inconveniente.

ARTAGNAN. Pues señor, nunca he estado mas seguro de mi éxito: tres suertes para morir de una estocada... si, pero moriré á manos de un mosquetero. Esto seria muy glorioso para mí, si antes de las doce diese caza á mi ladrón... Bah... probemos... (*Sale corriendo de la escena.*)

UGIER. El rey.

REY. (*Dirigiéndose á la habitacion de Treville.*) Buenos dias, Treville. ¿Os habeis reconciliado ya con el cardenal? ahora vengo de su casa.

TREVILLE. ¿Yo reconciliado con su eminencia!

REY. Ciertamente que debeis estarlo: sus guardias acuchillan á nuestros mosqueteros.

TREVILLE. ¡Oh!

REY. Adios, capitán Treville.

TREVILLE. Señores, el rey. (*Marcha real.—Los centinelas presentan las armas.—Los mosqueteros se forman en dos filas mientras pasa el rey.*)

#### FIN DEL SEGUNDO CUADRO.

### HOY Y MAÑANA.

#### CUENTO FANTASTICO.

##### I.

Bullia en Nápoles el Carnaval; agitando su cetro de cascabeles, y corriendo de calle en calle, escitaba por todas partes el entusiasmo y la embriaguez, vertiendo con la copa de sus vinos esquisitos, el olvido de los pesares y el amor con todas sus locuras. Las casas y los palacios abrian sus ventanas iluminadas como para alumbrar el camino vagabundo de aquellos que se habian estraviado con la algarazas;—únicamente la morada de Giorno, el maestro de música, se hallaba sombría y silenciosa. Sus paredes no repetian el eco de ningun instrumento; la puerta cerrada parecia haber ahuyentado de aquellos umbrales toda especie de alegría. Sentado cerca de la chimenea, abandonábase el artista á sus pensamientos, y á cada momento oia las mil voces de la ciudad bacante que incitaba á los moradores á sus fiestas. Los gritos estravagantes de la multitud llegaban á sus oidos, y acompañaban á su imaginacion vagorosa. Semejante á la frágil navecilla agitada por el flujo y reflujo de las olas, así se dejaba Giorno conducir á merced de aquella alegre y momentánea borrasca.

Ninguna luz brillaba en el aposento del músico; solamente la llama de la chimenea derramaba de aquí á allí su vivo reflejo, y formaba en la techumbre una estrecha faja que se reproducia por el espejo, ocultándose entre los pliegues del cortinaje, y tiñendo con tonos vigorosos á un grupo de amores en mármol que se sonreian maliciosamente sobre una rinconera. A un ligero ruido que sonó en la habitacion, se sobresaltó Giorno repentinamente;—horas hay en que el corazon del hombre se halla tan amedrentado como el de un niño. Además, el músico era del número de aquellos seres á quienes el mundo bautiza con el dictado de visionarios; pues poseia la segunda vista, admirable poder de donde se deriva una secreta correspondencia con los espíritus sobrenaturales. ¿Pero semejantes espíritus

tomaban verdaderamente formas humanas para visitarle? Esto es lo que no nos atreveremos á afirmar, puesto que no nos es dado oír con los oidos de otro, ni ver con sus ojos.

Apenas llamó la atencion del artista otro ruido como el anterior, cuando cobrando ánimo gritó: ¿quién está ahí?

En aquel momento se vió á una mano levantar la cortina por un lado, y un viejo de aspecto austero y de vestidos como de color de polvo, se introdujo lentamente, y dirigiéndose al joven se paró en su presencia.

—¡Otra vez aquí, viejo importuno! gritó Giorno con tono impaciente. ¿Qué te se ofrece?

—Vengo á pedirte cuenta de lo que has hecho durante el dia, respondió.

—¿Y qué te importa á ti lo que yo he hecho?

—Cumplo con la mision que tengo.

—Pero ¿quién eres? dime.

—Ya te lo diré.

—Siempre que te veo me haces la misma promesa, y nunca la cumples.

—No invoques la hora de la iniciacion; demasiado pronto llegará.

—¡Qué arcano! Pero pues que así lo quierdes deberé decirte cuantas voces di en medio de mi soledad;—todo lo espero del porvenir.

—Jóven, el pasado que en su profunda y devorante sima sepulta al presente y al porvenir á un tiempo ¿no te demuestra el valor de la existencia?

—No quiero pensar en el pasado.

—Todos los mortales se parecen á tí; olvidando la tempestad en la bonanza, corren á desafiar una nueva en que perecerán sin remedio.

—Y ¿por qué me hablas de esto? Soy feliz, soy amado; Stenia, la seductora cantatriz, me favorece entre sus mil adoradores.

—Y en el discurso de tu vida ¿no te has encontrado con muchas Stenias?

—Si; recuerdo que...

—Y aquellas rompieron sus juramentos de amor, del mismo modo que lo hará despues Stenia.

—¡Vamos! ¡nunca te presentas á mí sino con rostro severo!

—¿Fuí yo siempre por ventura melancólico?

—No; hubo un tiempo en que el gozo sonreia en tu semblante; tus ojos eran puros como la onda del mar; tu corazon parecia no conocer el enojo; pero despues se han vuelto austeras tus facciones, y reprénsala tu voz.

—Y esto consiste en que no tengo que recordarte mas que errores.—Cuando niño ¿de qué podia rependerme? ¿acaso de tener en tu regazo flores que habias arrancado; ó tal vez por haber aprisionado á inocentes avecillas? Luego que fuiste hombre te lanzaste á la ardiente atmósfera de las pasiones, y por que tus manos ardian, su contacto abrasó las manos ajenas. Giorno, el mundo es el infierno, y las criaturas terrestres no son mas que ángeles caidos que bajan aquí á espisar sus errores. Te lo vaticino: allí donde leas la palabra amor, deber leer: *perfidia*; y cuando tus manos codiciosas se ocultan en el cúmulo de las riquezas, no sacarán de ellas mas que algunas cenizas.

Dicho esto se retiró el viejo, y levantando la cortina desapareció.

—No, no escucharé tus palabras, exclamaba Giorno, porque el porvenir, la lisonjera estrella de mi horizonte me convida con sus poéticos resplandores. Sombra de mi mismo, ¿cuándo abandonarás mis buellas? ¿cuándo podré volverme sin que me encuentre con tu siniestra figura?

Oyóse entonces una voz lejana que respondia: ¡Nunca!

##### II.

El Carnaval llegaba á su fin; huyendo Giorno de las salvajes alegrías de la multitud, se le veia encerrado cada vez mas. Un dia en que se hallaba sentado al clave, espresando con tonos sus pensamientos, dieron en la puerta fuertes y repetidos golpes. Julio, su criado antiguo, corrió á abrirla, y tres caballeros elegantes subieron á la humilde morada del maestro.

—¡Continuamente solitario! le dijo el caballero Peppo.

—¡Y siempre triste! añadió el conde Luigi.

—¿Sabes Giorno, que te pareces sobremanera á un santón de la India? Dentro de poco te vamos á oír predicar la metempsicosis.

—¿Qué quierdes! respondió Peppo; cada uno trata de formarse una felicidad, segun sus propias inclinaciones; Giorno busca la oscuridad, nosotros por el contrario, la luz. El ama la gloria principalmente; nosotros preferimos el amor á todo lo demás.

—Peppo, te equivocas, ni desprecio, ni falto al amor. Cuando este es sincero, es un tesoro que conviene guardar eternamente. Esta pasion de la cual dudé mucho tiempo, no es ya en adelante una quimera para mí; ahora la veo, la siento, y se me presenta vestida bajo las formas de una muger adorable.

—Amigos, os participo que Giorno trata de componer una pastoral y que la imagen de su pastorcilla atraviesa en este momento por su fecunda imaginacion.

—¿Que insensato eres, Luigi! ¿No sabes que cuando se ama á una muger es preciso verla con el pensamiento y oirla con el corazon?

—¡Por Dios que te vas haciendo cada vez mas metafísico! Dinos con palabras menos poéticas el nombre de tu amada, y pintanos sus gracias.

—No soy pintor; aunque tambien la música es una pin-



tura intelectual; y puede decirse que el espíritu dirige el pincel. Si quiero describir el andar imponente de mi adorada, sacaré del clave notas magestuosas. Si intento bosquejar el brillo de sus grandes y hermosos ojos, haré vibrar bajo mis dedos fugitivos una pequeña y rápida canción. Sus cabellos tienen algo de severo, su blancura es casi aérea;—Pero no, no soy capaz de hacer su retrato; védele aquí hecho mas pronto.

Dicho esto, corrió hacia la estancia inmediata, asilo hasta entonces impenetrable para todos. Siguiéronle sus amigos apresuradamente, y el primer objeto que atrajo sus miradas fué el retrato de una muger, vestida magníficamente, adornada con una guirnalda de rosas, y cubierta de luciente pedrería. Rodeábala el cuello un magnífico collar de diamantes del cual pendía un amorcillo de oro.

—¡Hola! exclamaron á un tiempo los tres elegantes. Esta es Stenia, la seductora cantatriz. Bien la conocemos. ¡Oh! eres el mas afortunado de los mortales; añadió Peppo con sonrisa.

—Giorno, dijo Paolo, cuando uno conoce á Stenia, es imposible que niegue la existencia de las hadas.

En aquel momento se abrió la puerta, y se presentó un nuevo personaje.

—Aquí tenéis á Lucrezio, exclamó el artista con el rostro radiante de alegría. Ven, Lucrezio y goza de mi triunfo. He descubierto á estos mi amor, cuyo secreto te revelé hace tiempo, y veo que envidian mi ventura.

Pero Lucrezio no respondió, y colocándose en un rincón permaneció silencioso.

—¡Bah! ¿qué es lo que tienes? le preguntó Giorno. ¿Qué repentino dolor ha podido imprimir un surco en tu frente pensativa? Habla;—sabes muy bien que pueden caer tus lágrimas sobre mi corazón, como en una urna. Criados juntos, ¿no hemos sentido germinar y engrandecerse nuestras pasiones del mismo modo que dos árboles que dan malos y buenos frutos?

—No tengo nada, respondió Lucrezio.

—¿No tienes nada? y tus ojos brillan con sombrío ardor, y tus labios sonríen amargamente!—¡Oh, por vida mía! ¿Estarás acaso celoso? ¡No: no es posible! La querida de un amigo, no es para vosotros mas que una hermana, un ser á quien veneráis. ¡Oh! perdonadme esta sospecha extraña, y la injuria....

—No temas, Giorno, ni estoy celoso, ni triste. Un recuerdo turbó por un momento la serenidad de mi rostro; ¡bah! no hablemos mas de esto.

—Si; porque los recuerdos, que son huéspedes importantes, imágenes de aquello á que no nos es dado volver, traen consigo siempre la tristeza.—Señores ¿en qué queréis pasar la mañana?

—Vamos á casa de Stenia. La cantaremos un himno en loor de su hermosura; el día nos convida á ello, pues el cielo está tan puro como los diamantes que brillan en la pechera de Lucrezio. Vamos, vamos.

—¡Joyas! exclamó Giorno, ¡joyas Lucrezio! ¡suavidad!... ¡el, que no es mas que un pobre poeta!—muy bien, veamos. Y con mano curiosa entreabrió el artista la ropilla del poeta, y sus dedos tropezaron con un amorcillo de oro, que con las manos de metal intentaba romper sus nudos diamantinos.

Giorno levantó la cadenilla poco á poco, y la consideró por largo rato; despues, habiéndola reconocido, arrancóla del cuello á Lucrezio, y la hizo pedazos de modo que el amor cayó al suelo.

—Este hermoso niño, añadió con finida calma, estaba impaciente por romper el yugo, y le he puesto en libertad; yo se la doy, yo que le desprecio y le piso. Recogedlo, pues, hermoso joven, vos que sois tan digno de él.

Lucrezio buscó todos los medios de disculparse.

—¡Miserable! exclamó Giorno con el rostro encendido. ¡Te atreves á darme excusas! Busca en tu viva imaginación alguna mentira infame....—¡Es un arma que no impedirá que corra tu sangre malvada! No me dejaré llevar de falsas ilusiones. Basta un día solamente, un momento solo, para arrancar la máscara de la hipocresía; tú, semejante á un antiguo hermano de armas, me ofreciste la copa de la amistad; pero envenenaste su bebida, y despues que la he apurado, es cuando encuentro en la última gota la peor de las muertes, la del corazón.

Lucrezio parecía inmóvil y mudo.

—¡Eres un cobarde! gritó Giorno. ¿No acierta tu mano á encontrar el sitio que ocupa la empuñadura de la espada? ¿Te he arrojado á la cara el insulto sin que te indignes y abochorne? ¿Hablo á un hombre ó á una estúpida? Aquí mismo es preciso disputarse la vida; Lucrezio ¡ponte en guardia!

Pero en tanto que se adelantaba hacia su adversario, el anciano que otras veces le visitara en su morada, se presentó visible solo al artista, y fijó en él su mirada severa. Desarmado Giorno por la aparición, arrojó la espada.—Recuerdo que te amé, Lucrezio; vete, que no te vuelva á ver jamás!

Y en el mismo momento, antes que los circunstantes se adelantaran, se entró en la habitación inmediata, y cerró la puerta tras de sí.

Poco despues, los débiles esfuerzos de Lucrezio intentaron en vano cambiar la firme resolución de Giorno;—es cierto que había jurado en su interior perdonar la vida al poeta, y cumplió su juramento.

### III.

El Carnaval se iba despidiendo ya de sus alegrías; las alegrías del pobre artesano; el pueblo se precipitaba por la calle, semejante á los corredores del circo antiguo que se arremolinaban en la arena. ¿Cual era su objeto? Reunirse pronto con el placer, númen frívolo á

quien todos los pueblos elevan un templo, y á quien todos los hombres llevan en ofrenda sus días propios, mientras que la ciencia anima en vano á sus adeptos.

Apoyado Giorno en la ventana, miraba distraído el tumulto cada vez mas creciente de la multitud, ese torrente que choca con otro torrente nuevo que se le presenta. De aquellas masas que se cruzaban, oíase levantar un sordo murmullo, y de cuando en cuando gritos y chillidos agudísimos. Entonces se ponían en movimiento un tropel de autómatas vivientes, y el estrépito de su humano mecanismo era lo que resonaba por los aires.

De repente una confusa gritería distrajo al artista de su meditación ociosa, y vió uno carretela que se adelantaba con lentitud; era toda dorada como aquellas cuádrigas que guiaban los ostentosos romanos en sus carreras. Tirada por caballos ricamente enjaezados, conducía una comparsa de jóvenes elegantes y de muchachas vestidas con lujo. Giorno distinguió muy bien en ella á Peppo, Paolo y Luigi, hombres de la vida vaga y venturosa; en medio y disfrazada con el traje del Placer reconoció á Stenia; Lucrezio cuchicheaba á su oído y debía decirle en voz baja palabras lisonjeras. Detrás se hallaba el anciano de la frente ceñuda, cubierto el rostro con un velo. Absortos en su ferviente regocijo ignoraban que dicho anciano formaba parte también de la comitiva; y si alguna vez se volvían, ni aun fijaban sus ojos en él. El anciano levantó su velo al pasar por frente de Giorno, y el triunfo siguió adelante.

¡Huye, pasajera y engañosa apariencia de felicidad! prorumpió amargamente el artista. Conduciendo á los placeres esa turba insensata, ¿no la guías acaso á la muerte? Aunque se recorra danzando el áspero camino de aquí abajo, siempre conduce al eterno sueño. ¡Stenia! ¡Lucrezio! vosotros caminais hacia el olvido de los hombres, hacia el aniquilamiento terreno; pero yo me atrevo á alcanzar la inmortalidad, que es un sendero que hay mas allá de la tumba.

Y Giorno empezó á componer una ópera. El personaje del drama era un amante burlado por su amada, y engañado por un falso amigo. ¡Oh cuán ardientes salían las inspiraciones de su imaginación acalorada! ¡Cuán dura era la ironía que derramaban sus reproches y el canto que dirigía á la ingrata! ¡De qué modo preparaba en el silencio su venganza! Sabiendo que Stenia, la prima donna, la cantatriz famosa, debía ejecutar la parte de la infiel, decía para sí: ¡Bien! con eso conocerá el desprecio que inspira al público un corazón traidor, y sentirá á la vez la embriaguez del triunfo y el aguijón del remordimiento!—¿Y crees tú necio, que entre los placeres haya un oído que escuche tus lamentos, un corazón que compadezca tus angustias, un solo instinto que las comprenda? No, tus angustias no traspasaron los umbrales de tu habitación, nadie piensa en compadecerte porque todos tienen sus cuidados y sus pesares. Todas las noches se presentará Stenia en la escena para sucumbir bajo el peso de amargas reconvenciones y todas las noches morirá allí arrepentida; pero á la mañana siguiente, gozosa sobre manera, y adornada la cabeza con los laureles, volverá á aparecer reina de un día, á sus entusiastas admiradores. Tal vez alguna otra víctima suya pensará en lo que tú piensas, pero nadie tratará de decirselo.

La ópera de Giorno se representó; sorprendido el público de admiración y entusiasmo, arrojó laureles al compositor de tan deliciosos cantos. Sin retirarse por eso de la casa de Stenia, la moda condujo á la de Giorno á los ociosos, á los inteligentes y á los pocos que tenían ya un renombre en las artes y en las ciencias; pero el viejo severo recordaba continuamente á Giorno la inconstancia de la sociedad, porque ésta, del mismo modo que Stenia, es la muger cuya sonrisa degenera y cuya frialdad envejece.

Apenas se alejaba Giorno de los ardientes rayos de la gloria, rápidamente empalidecían estos, y poco á poco se iban apagando. Las inspiraciones poéticas del compositor iban siendo ya menos perturbadas por la muchedumbre de sus visitantes, y el silencio volvía á entrar en el asilo poco antes ocupado por la adulación. Aislado entre sus marchitas coronas, se entristeció Giorno de aquel abandono repentino. Largo tiempo vagó por el desierto de su habitación, como si quisiera agarrar al fantasma de la gloria; pero sus dedos parecían discurrir por el vacío; el eco solitario respondía constantemente á su voz. Uno solo de los huéspedes de otro tiempo no olvidó al abandonado de los hombres, y era el incógnito; pero este viejo-niño obstinado, se complacía en acabar la obra de la destrucción y en despedazarle sus laureles. Decía ademas al artista:

—Tomo la venganza por tí, y lo hago mejor que tú pudieras hacerlo nunca; mi aliento destruye el brillo esplendoroso de Stenia, apaga sus ardientes ojos, y blanquea sus negros cabellos; gracias á mí, Lucrezio la abandona.

Giorno había conocido ya el valor ilusorio del amor, la mentida seguridad de los amigos, y la pasajera duración de la gloria; restábase solo descubrir el secreto de la eternidad. Un día llegan á faltarle las fuerzas, y el dolor le acomete en su lecho solitario; de pie y á su lado está el anciano que no le abandona. Cuando Giorno conoció que se acercaba para él la hora suprema, volvióse con trabajo hacia la severa secuela de su vida, y le dijo:

—Me has prometido muchas veces descubrirte á mí, y ahora que abandono para siempre la morada de los hombres, ¿desearás mis ruegos? Anciano, ¿quién eres? ¿cómo te llamas?

—Soy el Pasado que desafia al Presente y le grita esos edificios de una hora que te complaces en cons-

truir, son otros tantos palacios de oro edificadas en la arena. Yo soy quien los destruye, quien los arrebató en mi carrera impetuosa, semejante al aluvion que arrastra en su espantoso remolino los árboles, las casas y sus moradores. Yo digo á la jovencilla que se mira en la onda cristalina del riachuelo. «Me colocó detrás de tí, mudo como la tumba, porque soy una tumba abierta en donde todas las alegrías y los pesares caen, se chocan, se sumergen. Mi aliento destructor aniquilará tus encantos, mi mano desapiadada encorvará tu persona esbelta y elegante.» Y ahora digo al poeta: «Yo soy quien vengo á marcar los trabajos de tu gloria, á arrojarte el polvo de los años sobre tus obras efímeras, á darte por nuevo compañero el conocimiento del mundo.» Semejante al Océano que oculta en sus poderosas olas los límites de la tierra, persigo incansable al Presente; y semejante á los flujos y reflujos de aquel mismo mar, voy mas allá para enseñorearme con los días que pasan, y vuelvo atrás para arrebatarlos y destruirlos. Mi origen se remonta hasta los primeros albores del mundo; mi sombra es cada vez mas gigantesca, y no me extinguiré nunca. Un día llegará en que no exista Presente ni Porvenir, y entonces el Pasado quedará victorioso sobre las ruinas del universo.

Desde el momento en que la Inteligencia se desarrolla en el hombre, piensa éste en mí porque le molesto, porque soy el enemigo del Presente, cuya imagen me ofrece el hombre. ¿No pelea él sin tregua con el Pasado y el Porvenir que le envejecen á la vez, el uno porque le roba los días, y el otro porque se los da? No me repiques, Giorno; si he turbado tu vida, si, obstinado profeta de amarguras he renovado tus tormentos y perpetuado tus pesares. ¿No me habías arrancado mi traje de inocencia? ¿no me habías colmado de iniquidad?»

Esto dijo el anciano. Pero una visión divina atravesó con vuelo rápido por la modesta habitación del moribundo, y se oyeron estas notables palabras:

—¡Mortal, despidete del hoy, que el mañana te espera en el cielo.

A. MARTINEZ DEL ROMERO.

## ESCENAS DE LA VIDA MARITIMA.

### UNA RAZIA DE TIBURONES.

Hacia mas de un mes que habíamos penetrado por el estrecho de Allas en el archipiélago de la Australasia. A los huracanes del tormentoso cabo de Buena Esperanza, y de las islas Mauricias, habían sucedido las turbonadas no menos peligrosas de la zona Tórrida: nuestro barco, demasiado sensible á los temporales que son tan frecuentes en el hemisferio del Sur, había rendido por dos veces los masteleros de juanete y de gavia, la escota mayor y el escotin de velacho, y apenas reuníamos un aparejo completo y útil, para navegar con éxito contra las impetuosas corrientes del Océano Pacífico, en demanda del cual caminábamos por una mar atestado de escollos.

El capitán de la *Sabina*, hombre rudo y enérgico de carácter, era un intrépido aventurero que estaba acostumbrado desde niño á las malas jugarretas del mar de la India: seis veces se había visto á pique de naufragar con su buque, y otras tantas su presencia de espíritu, y su incansable arrojo, habían salvado á la tripulación de una muerte segura. Los días de tempestad eran sus días de gloria, sus hermosos días de boda y de regocijo, como decía él sonriendo á los pasajeros amedrentados. Sentado á barlovento sobre el castillo de popa de la fragata, contemplaba con una atención delirante la lucha desigual de su nave con las gigantes olas del Océano: sus tostadas facciones se animaban de alegría, cada vez que la quilla de la *Sabina* se deslizaba sutil sobre la espalda del furioso elemento, que aspira á tragarse la tierra; y cuando un viento frescachón, de los polos, dando de bolina en la mayor y las gaviotas, tumbaba la fragata á sotavento, produciendo ese estridente crugido de las vergas que suenan tan mal al oído de los viajeros.—Orza, gritaba el capitán Elias, viendo á la ola reventar sobre su cabeza: orza, timonel, y el buque se enderezaba para recibir por la popa con la mayor coquetería, á la montaña de agua, que lo hubiera anegado sin aquella maniobra.—Bravo, *Sabina*, añadía observando como su querida fragata se gallardeaba sobre la cúspide de otra ola colosal.—¿No ven vd. señores á mi valiente *Sabina*? es el mejor maricero del mundo: en cuanto siente la espuela eléctrica de la tempestad, bufa, relincha, se columpia como el caballo fogoso, salta de abismo en abismo, vuela y se precipita por la superficie espumosa del líquido irritado, y no detiene su rápida marcha hasta que á mí me place sujetarle la brida: entonces se para de repente jadeando, hace crugir los masteleros de proa, y yo mando aferrar las velas para que la pobre descanse de su fatiga. ¡Oh! ¡qué bella me parece entonces mi valiente *Sabina*!

Entre las varias anécdotas que se contaban del capitán Elias, citaremos una que en nuestro concepto, pinta muy de relieve su imperturbable sangre fría.

Navegaba en cierta ocasión de piloto con rumbo á la América del Sur, y su capitán, que no entendía demasiado de estimas ni de cálculos astronómicos, había cedido al bravo Elias el gobierno y la derrota de la nave. Cierta noche en que el viento refrescó de improviso, dando muestras de aumentar su furor de minuto en minuto, Elias, despues de contemplar el cariz de los horizontes chubascosos, y las oscilaciones de la columna barométrica, se decidió por fin á despertar al capitán que dormía tranquilo en su camarote.



—Capitan, el viento va refrescando por segundos.  
—¿Pero cabrá en un saco, bravo Elias? respondió el capitan.

—Creo, añadió el piloto, que si no tomamos rizos á las gaviás, y cargamos la mayor y el trinquete, mañana amanecemos sin un trapo.

—¿A qué hora sale la luna, señor piloto?

—A las once menos veinte minutos, capitan.

—¿Y qué hora tenemos?

—Las diez y diez y seis minutos.

—Marchad, Elias, el toro no bramará mas que una hora.

—¿Qué quereis decir, capitan?

—Que la luna saldrá y lo barrerá todo.

—Pero capitan, observad que llevamos la mayor, el trinquete, la mesana, y las gabias y el viento bufa como un renegado.

—¿Y qué, tendríais acaso miedo, señor piloto?

—Tengo prudencia, capitan, á la verdad la noche está un poco lóbrega, y no fuera malo que acortásemos vela.

—Id, amigo mio... y hasta mañana.

El capitan se volvió del otro lado, y Elias se dirigió á ocupar su puesto cerca de la vitácora: fiel á su consigna dejó navegar el buque, bien amurado, sin quitar ni una vela; pero aun no habian trascurrido tres cuartos de hora de temerarios esfuerzos, cuando la *Silfide* rindió de improviso todos los palos, quedando á merced de las aguas. Al estruendo que produjo sobre cubierta el hundimiento de la arboladura, el capitan saltó de su litera, y fué en busca del primer piloto.

—Elias, le dijo cuando observó el destrozo de la nave, ¿qué es esto? ¡Virgen del Carmen!... ¡Estamos perdidos!

—No es nada, capitan, replicó el primer piloto: *salíó la luna... y todo lo ha barrido...* Hemos jugado los tres palos en una mala racha, pero nos queda el timon para bailar la polka, y el patio de la casa (1) que en un apuro es ancho para eludir la tierna vigilancia de los tiburones...

El buque arribó á tierra por un milagro de la Providencia, y el piloto de la *Silfide* fué ascendido á capitan de la marina mercante, con honores de alferce de navio.

Tal era el valiente marino en cuya compañía acabamos de visitar las islas de Sumbawa, Lomboch, Balli, Célebes, Salayer, Cambiná, Bouton, Weyobongi, Xula-Bessy, Bouru Xulla-Taliabo y la isla de Gomona, pertenecientes todas á la congregacion del Archipiélago malayo.

Hallámonos situados á la sazón á 4° lat. S. de la línea equinoccial, y 120° 20' de long. E. del meridiano de Cádiz. Teníamos á la vista las islas de Geby, Zafos, Wiang, Siang y Eyé, que forman el paso de Gilolo al Mar Pacifico, y esperábamos hacia ocho dias una brisa benéfica, que nos llevase al otro lado del estrecho, donde al menos pudiéramos correr en ancha mar, zafados de los peligros que ofrecen á cada paso los llamados estrechos.

Era domingo, y estábamos en calma chicha: el termómetro Farenheit marcaba 88°, y no habia ser humano que pudiese resistir á bordo los ardores del sol equinoccial, cayendo á plomo sobre nuestras cabezas. La mar tranquila y tersa como una plancha de acero, parecia arrojar chispas volcánicas por todo el horizonte, y nuestras pupilas, un tanto debilitadas por los fosforicos reflejos, no podian resistir la impresion ardiente de aquellos fenómenos de luz abrasadora. Habíamos puesto los toldos agalerados, y asi evitábamos en cierto modo los estragos producidos por la reflexion de la luz tropical; mas no podíamos impedir de ninguna manera una lenta asfixia que se iba apoderando de todos nosotros: la falta absoluta de aire comprimía fuertemente nuestros pulmones, y todos mas tarde ó mas temprano, temíamos sucumbir ahogados en aquella terrible atmósfera de fuego.

A los males que son consiguientes á una situación tan desesperada, habia que pintar otros peligros de no menos importancia: los víveres escaseaban á bordo hacia mucho tiempo, y apenas teníamos el agua necesaria para nuestro consumo. El capitan con su prudencia acostumbrada, conocia la urgentísima necesidad de dar refrescos á la gente para impedir el escorbuto; empero ocho dias continuos de una calma asoladora, le obligaban á conducirse con rigida economía en este punto. Sin embargo, aquel dia, como dijimos antes, era domingo, y ya se sabe con cuanto respeto y veneracion celebran en alta mar los marinos las fiestas de precepto.

La tripulacion vestida de gala desde el amanecer aguardaba con ansia, lo mismo que los pasajeros de la *Sabina*, el refresco que el capitan habia prometido dos dias antes: la hora tan suspirada llegó por fin, y los marinos provistos cada cual de su correspondiente vaso de hoja de lata ó de coco, fueron recibiendo una escatimada ración de agua y vinagre azucarado, que en aquellas alturas no podian menos de considerar como de un precio superior al manjar mas exquisito. Cuando todos hubimos mitigado el ardor de nuestras resequidas fauces, el capitan, que no cesaba de contemplar el horizonte por babor y estribor, silvando, segun una supersticiosa costumbre, para atraer el viento, algunos aires marítimos, mandó á la tripulacion, compuesta en la mayor parte de indios bengalies y filipinos, que arreglasen un tinglado con las velas rifadas por el viento, y dió permiso para todo el que quisiese pudiese tomar un baño en plena mar, sin separarse empero de la fragata.

(1) Alude á la mar llamada así por los marinos en su lenguaje metafórico.

Esta órden fué recibida con grande júbilo por toda la gente de abordo, y media hora despues se hallaba prevenido para botarse al agua, un baño artificial formado con varios retazos de lona vieja, cuyo baño debia proteger en su caso á los marineros de la *Sabina*, contra los sangrientos y encarnizados ataques de los tiburones.

—Cuidado con las tintorerías, muchachos, les dijo el capitan cuando todo lo vió dispuesto, ya sabeis que los viechos acuden al olor de vuestra carne (4).

—No hay miedo, capitan, somos antiguos conocidos.

—Con todo, bueno será que os mantengais á la capa.

Y viendo á un marinero indigena que subia al bauprés para lanzarse al agua desde su altura:

—Oye tú, gabiero mayor, gritó de repente el capitan Elias, adonde vas sin el volo? (2).

—No lo necesito, señor, contestó el marinero.

—Anda á tomarlo, malayo, replicó el capitan, y evita si puedes los colmillos de tus amigos los tiburones.

En seguida cinco ó seis marineros dirigidos por el gabiero mayor y el capitan de ganado, se lanzaron al agua desde lo alto de las bordas, provisto cada cual de su correspondiente cuchillo.

Apenas habia diez minutos que las aguas del Archipiélago malayo, habian dado paso á los acobrados cuerpos de los bañistas, cuando el guardian de abordo, que se hallaba sobre la cofa del palo mayor para dar el alerta á sus compatriotas, gritó de repente con todas sus fuerzas.

—Hola, Rufino, Miguel, Antonio, Zacarias, ¡el tiburón! ¡el tiburón!

Este grito pavoroso produjo un instante de confusion en el buque. El capitan, que se hallaba recostado en un caramanchel, meditando sin duda en los medios de evitar los peligros de la continuacion de la calma, se levanto dirigiéndose á proa, y dando la voz de mando de

*Entra á popa: arria botes al agua.*

Inmediatamente el segundo piloto armado con un arpon, el contraestre, los pilotines y el guardian, seguidos de algunos marineros que llevaban jarcias y lanzas arrojadas, saltaron á los botes, que descendieron por babor y estribor á la voz ejecutiva del jefe de abordo. El resto de la tripulacion subió sobre las vergas y masteleras, curiosa de presenciar la escena que iba á representarse sin duda, en aquel terrible anfiteatro.

Al escuchar la voz de alerta dada por el guardian desde la cofa, los marineros bañistas habian procurado ganar á fuerza de brazos la vela de salvacion, que debia ofrecerles un pavimento inseguro debajo del agua, al abrigo sin embargo de los tiburones. Pero el guardian habia visto acercarse un solo tiburón por la popa, en tanto que por la banda de babor, donde se hallaban los indios, llegaban otros dos formando en el agua amarga de la línea, una ondulante y prolongada estela.

Rufino, el mas atrevido de los buzos bengalies, estaba algo distante de la fragata cuando se dió el alerta: fijó su vista experimentada en la direccion del enemigo; calculó la distancia que aun tenia que nadar hasta la vela, y considerando que el tiburón debia alcanzarle en el camino, desató su cuchillo de la cintura y esperó con valor. Uno de los dos tiburones se aproximaba con la velocidad del rayo, en direccion paralela del indio. Rufino conoció que era llegado el momento, y esgrimiendo su cuchillo con mano vigorosa se sumergió en la mar precisamente cuando el monstruo se volvia boca arriba para devorarlo. El gabiero mayor debió colocarse debajo del tiburón, y herirle profundamente en el lomo, porque elevándose éste á flor de agua, con su barriga blanca como la nieve, sacudió con su cola un tremendo latigazo y volvió á sumergirse en las aguas: algunos torbellinos de espuma sanguinolenta, vinieron á deshacerse en menudos globulillos sobre la superficie del plateado elemento.

En aquel instante se arriaban los botes de la fragata, y un grito de dolor resonaba por todas partes. Rufino, el valiente gabiero, acababa de presentarse sin su cuchillo, y el infeliz pedia socorro con voz ahogada: los tiburones acudian presurosos al olor de la carne, y el desdichado indio no contaba con ningun medio de defensa: su situación era horriblemente critica; tal vez hubiera sido devorado en aquel instante si Antonio, uno de sus compatriotas y amigos, viendo el apuro en que se encontraba Rufino, no se hubiese lanzado á socorrerle con dos cuchillos. Pero ¡ay! estaba escrito que tan notable abnegacion fuese inútil. Antonio no pudo llegar á socorrer á su amigo, sin verse él mismo en la necesidad de colocarse en guardia contra otro de los tiburones, que nadando sobre su espalda debajo del indio, ascendia rápidamente con la boca abierta en direccion del infeliz marinero. Por lo que hace al pobre Rufino, teniendo que combatir sin otra defensa que una cabilla de madera que le arrojaron del buque, se preparó á hacer frente con serenidad á su contrario.

Los dos amigos se sumergieron á un tiempo en las aguas: los dos pelearon con inauditos esfuerzos; los dos eran aguerridos en aquella especie de luchas; uno y otro aparecieron á flor de agua por diferentes veces para hundirse de nuevo: la sangre teñia de color de púrpura la superficie azulada del Océano, y la tripulacion de los botes gritaba y daba fuertes golpes con los remos para espantar á las fieras. Todos presentíamos una inminente catástrofe, que no tardó por desgracia

(4) Los tiburones manifiestan una grande afición á la carne negra ó cobriza de las regiones tropicales, en términos, que entre veinte hombres blancos y uno negro, su instinto les conduce con derechura á este último.

(2) Así se llama el cuchillo que usan los marinos filipinos.

en confirmare. Al cabo de pocos segundos, uno de los tiburones apareció á nuestra vista arrojando torrentes de sangre por varias heridas, otro se presentó revolcándose con la cabilla atravesada en la boca, y detras de él ascendió Rufino con una pierna menos, el cual fué socorrido en laagonia de la muerte por uno de los botes de la fragata.

En cuanto al infortunado Antonio, una gran mancha de sangre que se dibujó en la superficie agitada del archipiélago, y algunos remolinos de espuma y agua que aparecieron en seguida, nos demostraron que el infeliz habia sido devorado por la fiera.

El generoso Antonio no volvió á aparecer.

Cuando el capitan vió al tercer tiburón, que nadaba en torno de los botes en busca de nuevas victimas, dispuso que la tripulacion de los mismos se retirase al bordo de la fragata y fué á hacer por sí propio la primera cura al valiente gabiero.

El drama no habia terminado, sin embargo, puesto que los compañeros del indio Antonio, con el guardian á la cabeza, se presentaron un minuto despues al capitan Elias, á suplicarle que les permitiese vengar los males de su desdichado amigo, dando muerte al feroz tiburón. Otorgada la venia, uno de los marineros preparó sobre la marcha un enorme anzuelo de hierro, al que sujetó varios pedazos de tocino salado, arrojándole despues al agua por la parte en que acababa de percibirse el enorme cetáceo. No tardó este en presentarse á la vista de todos, arrojando de su formidable boca una baba espesa y glutinosa, de color de sangre. Cuando el monstruo estuvo á la inmediacion de la presa se volvió, segun su costumbre, con el vientre hacia arriba, y ocultó el anzuelo en su profunda garganta; en seguida dos marineros tiraron con fuerza de la jarcia, á la que estaba unido el aparejo; y el anzuelo apareció sin tocino; pero el tiburón daba sacudidas violentas y manchaba con sangre el agua del archipiélago, lo que parecia dar á entender que estaba herido. Por segunda vez se le arrojó la misma presa, y cuando todos aguardábamos que la fiera se alejaria á su contacto, escaramentada del suceso precedente, se la vió lanzarse de nuevo con ciega furia sobre el anzuelo, donde por esta vez quedó amarrada para no volver á soltarse. Los marineros mas avisados, fueron tomando jarcia, poco á poco hasta que el tiburón se encontró fuera del agua; pero entonces necesitaron de todos sus esfuerzos para no ser arrollados por la multitud de saltos, golpes y arremetidas bruscas que daba el tiburón contra las costillas de la fragata. Ninguno hubiera tenido valor para acercarse á la fiera en tan critico momento, si el guardian que era hombre experimentado en aquel linaje de pesca no hubiese arrojado al tiburón un lazo corredizo, que sujetándole la boca y las primeras aletas, le impedia hacer uso de sus cinco hileras de dientes, y de sus terribles palancas. Por este medio se le introdujo con facilidad en el buque, y entonces pudo verse con horror que era una *tintorera* (tiburón hembra) mas feroz que todos los cetáceos de veinte pies de longitud por ocho y medio de diámetro.

Tendida sobre cubierta, bien amarrada al palo mayor, los marineros de la *Sabina* no podieron menos de rendir tributo entonces á una antigua supersticion marítima, que consiste en dar muerte á los tiburones que se pescan, pidiéndoles el viento que hace falta á la nave para su rumbo. En su consecuencia, habiéndose formado la tripulacion en dos filas al lado de la *tintorera*, y colocándose en medio el guardian, á guisa de ejecutor de la ley, armado con una gran barra de hierro, empezó á descargar uno tras otro, multitud de golpes sobre la cabeza del enorme cetáceo, gritando á cada uno con voz estentórea: *Sud-Oeste, Sud-Oeste*, y que era el viento que esperábamos hacia ocho dias para cortar la línea por el N. E. de Gilolo.

Aquella imprecacion gentilica, escuchada por los marineros de abordo con el recogimiento que permite el rito idolatra de los bramantes, no dejaba de tener su solemne grandezza en medio de una mar atestada de escollos y de tiburones.

El dia se pasó en la mayor agitacion producida por las catástrofes que dejamos referidas: vino la noche de improviso y sin crepúsculo, como acontece en los países tropicales, y cuando aguardábamos con terror que se realizase el pronóstico del capitan Elias, quien habiendo de la luna solia decir muchas veces,

*Si como pinta quinta,  
Si como quinta octava  
Asi como empieza acaba.*

Cuando temíamos, pues, que la calma que ya íbamos sufriendo, se extendiese á todo el mes lunar con riesgo de nuestras propias vidas, saltó de pronto una brisa del E., que fué afirmándose poco á poco hasta quedar entablada en viento galeno, y con ayuda de su inestimable socorro, cortamos aquella noche la línea equinoccial á 0 grados de lat.; siendo la situación de la isla de Fijoi, por donde penetramos en el Mar Pacifico, la de 14° lat. N. y 131° 57' long. E. del meridiano de Cádiz.

F. SEPULVEDA.

*Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.*

Mas vale estar sentado que de pie, y mas que sentado en la cama; pero lo mejor es estar muerto.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipografico, calle de Santa Teresa, núm. 8.